

**María de la Candelaria,
india natural de Cancuc**

Hagiografía

Juan Pedro Viqueira

A
Luis María Gatti
In Memoriam

Prólogo

Aunque sé que muchos historiadores y antropólogos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se verificaron durante la sublevación de los Zendales, Coronas y Chinampas, y Guardianía de Huitiupán en 1712, tal como han llegado hasta nosotros a través de la relación de fray Gabriel de Artiga¹ y de los expedientes del Archivo General de Indias,² he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente en las fuentes primarias, escribirlas en otro orden añadiendo fantasía e imaginación, querido Mario, para dar a conocer el peculiar arraigo que tuvieron entre los indios tzeltales y tzotziles de aquellos tiempos las enseñanzas cristianas de los frailes dominicos.

¹ En Fray Francisco Ximénez. *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores*. Capítulos LVIII a LXXIV.

² Audiencia de Guatemala. vols. 293, 294, 295 y 296.

I

El día de la Presentación de la Virgen en el templo, en el año 1712 del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, a la entrada del pueblo de San Juan Evangelista Cancuc, el fuego concentrado de fusiles, pedreros y morteros acabó con la resistencia de los indios apóstatas. Desamparando su trinchera, huyeron presas del pánico, atropellándose los unos a los otros por los montes y los bosques.

La primera escuadra del ejército español que cruzó la trinchera se precipitó a cercar la ermita, esperando apresar a María de la Candelaria antes de que ésta, aprovechando el caos, lograra escabullirse. Detrás de ellos, abriéndose paso entre los cadáveres, fray Simón de Lara, cura doctrinero del pueblo, inflamado de una cólera bíblica, increpaba a los fugitivos:

-Vosotros, sí, vosotros, venid acá, no huyáis idólatras nagualistas, raza maldita que recae una y otra vez en el pecado. Atreveos ahora a mofaros de mí como cuando os conjuré a no construir esta diabólica ermita. Atreveos a injuriarme y sacarme la lengua como lo hicisteis en aquella ocasión. No sois sino engendros del pecado, prole bastarda. Ahora corréis a esconderos entre los árboles frondosos, indios degolladores de criaturas inocentes, asesinos de religiosos cuyos cadáveres arrojasteis por las peñas. Rodad todos en vuestra huida por las piedras y barrancos, que ahora os toca padecer la misma suerte. Adorasteis al Demonio bajo capa de la Virgen del Rosario; gustosos, os dejasteis engañar por su vil instrumento, la indiezuela María de la

Candelaria, quien proclamó que no había más rey, ni justicias, ni tributos; y le creísteis, y adorasteis al ídolo, quemando copal y haciendo oblaciones ¿Creéis entonces que ahora me voy a aplacar? En esta montaña alta y empinada pusisteis la ermita de donde provinieron las órdenes para sacrificar españoles, mestizos y mulatos, e incluso hombres y mujeres de vuestra misma sangre. Sí, en la ermita, detrás del petate, pusisteis al ídolo y subisteis a darle pleitesía, a vender vuestra alma al Demonio. Vertisteis los santos óleos sobre la faz monstruosa de Hicalahau, multiplicasteis para él las ofrendas. Enviasteis emisarios a todos los pueblos y parajes aun a los más lejanos. Los hicisteis bajar hasta El Palenque; pero de nada valió correr tanto, conmovier tantas aldeas. Ahora os halláis vencidos, sin tener tiempo siquiera de decir: "Nos rendimos." Vuestros brazos debilitados no pueden siquiera alzar las lanzas. Os asustáis, y tenéis miedo. Acordaos que os advertí de los embustes de María de la Candelaria, y no quisisteis oírme. Me hicisteis callar, y no me temisteis, pero ya denunciaré vuestras falsedades y vuestros crímenes, y no os aprovecharán. De nada sirve gritar, llamar a hechiceros para provocar relámpagos y tempestades. Se los llevará el viento, los arrebatará el aire, caerán siempre, como caéis ahora, vencidos ante la presencia del único Dios verdadero, Nuestro Señor Jesucristo, y su Madre Santísima. Y sólo aquél que en mí se ampare y suplique su perdón, recobrará su casa y su milpa, y volverá a pagar tributo.

Cercada la ermita y tomada la plaza, su señoría don Toribio de Cosío, gobernador de Guatemala y presidente de su Real Audiencia, pasó a la iglesia seguido de los capitanes, oficiales, cabos y religiosos. Llegado a la puerta se arrodilló, y avanzó así hasta el altar mayor, mientras todos entonaban el Te Deum Laudamus.

Luego, se dirigió a la ermita desde la que el Demonio dictaba sus órdenes a través de la indiezuela. Los infantes que la custodiaban le informaron que en su interior no habían hallado a María de la Candelaria, sino a un anciano, mudo de terror. Junto con los religiosos entró a inspeccionar la ermita. No había rastro alguno del ídolo de piedra. Tan sólo, en un altar muy adornado, estaba una Virgen del Rosario con el Niño Jesús en brazos.

II

A pesar de todas las diligencias que se hicieron en los días siguientes, la maldita indiezuela, ese monstruo, conducto del Demonio y principal motor de la sublevación, no apareció por ninguna parte. A las dos semanas, el alcalde y el fiscal de Cancuc trajeron presa ante el presidente de la Audiencia de Guatemala a su madrastra, Nicolasa Gómez. La habían hallado vagando sin rumbo fijo en un rancho a tres leguas del pueblo, junto con su hija Antonia, una criatura de pecho.

Don Toribio de Cosío procedió inmediatamente a interrogarla. Como insistía en declarar que ignoraba el paradero de su entenada y se decía ajena al falso milagro y al desarrollo de la sublevación, el presidente consideró conveniente apremiarla con alguna tortura. Se le sentó en una silla, y se le ataron los brazos a los palos del respaldo con unos cordeles que se apretaban con dos tablillas. Después de media hora de tormento, de varias vueltas de las tablillas y de contenidas muestras de dolor, fue poco lo que los españoles sacaron en claro de ella: al entrar el ejército había huido a los montes, al igual que todos los indios. En una milpa se había juntado con su marido y sus entenados: María de la Candelaria y su hermano, que iban con sus respectivos cónyuges. Habían andado varios días rumbo a Las Coronas, hasta que presa del cansancio le había dicho a su esposo Agustín López:

-Anda, vete tú a San Pedro, que yo quiero morir en mi pueblo de San Juan.

Agustín la había dejado marchar. Le tenía muy poca voluntad.

Negó una vez tras otra haber influido a su entenada para que proclamase la aparición de la Virgen y diese los decretos que se le atribuían. Durante todo el tiempo de la rebelión había permanecido en su casa, apartada por su marido de la ermita.

Sin embargo, los principales del pueblo declararon todos en su contra. La habían visto en la ermita, dijeron, dando órdenes a los indios junto con María de la Candelaria. Además, añadían, ésta tenía tan sólo 13 años, era de corta capacidad, y apenas hablaba bien. Sin duda alguien la aconsejaba, y ese alguien sólo podía ser su madrastra, a la que le tenía gran respeto.

De nada sirvió que el defensor nombrado señalara que todos los principales habían ocupado puestos importantes en la sublevación y querían sin duda desviar la atención de sus culpas hacia Nicolasa Gómez. Don Toribio de Cosío la sentenció a muerte de horca y a que una vez cadáver se le cortara la cabeza para ponerla en una asta en el lugar en el que se levantaba la ermita.

A fray José de Parga, cura del partido de Huixtán, se le encomendó la delicada tarea de prepararla espiritualmente para su ejecución y, sobre todo, para convencerla de que al pie del cadalso se dirigiera a los indios para desengañarlos del falso milagro: si mostraba en sus últimos momentos un arrepentimiento sincero, tal vez Dios le perdonaría sus pecados y la recibiría en su seno. El religioso aprovechó además la disposición de Nicolasa Gómez a confesarse sacramentalmente para sustraerle más información.

A pesar de seguir obstinada en negar su participación en los sucesos, Nicolasa Gómez reconoció haber creído de todo corazón en la Virgen de la ermita. ¿Cómo no iba a hacerlo si hombres de mayor prestigio, edad y conocimiento que ella habían también creído en el milagro?

-En los embustes de Satanás-, corrigió fray José de Parga.

Sí, ahora que veía a su pueblo consumido por las llamas, su familia dispersa por los montes y ella a la puerta de la muerte, comprendía que el Demonio la había engañado, como había engañado a muchos otros. Pero en aquel entonces, cuando María López -que no era sino una india apenas casada y aún sin hijos-, no obstante el escepticismo, las burlas iniciales de los mayores y los azotes que fray Simón de Lara le había mandado dar, convenció a todo el pueblo con su firmeza y su entereza de que la Virgen se le aparecía y le hablaba, ¿quién podía haber dudado de la verdad

de sus palabras? ¿Quién podía adivinar que no era la Virgen quien la inspiraba, cuando empezó a andar con paso firme, a hablar con perfección, cuando dejó de tenérsela por niña, cuando nadie se atrevía a sostenerle la mirada, cuando se volvió la admiración de todo el pueblo y empezó a hacer cosas a las que ninguna otra mujer se hubiese atrevido, cuando se entregó con fervor a las alabanzas divinas? Ciertamente, ella no hubiera podido. Había conocido a María desde niña, desde que tenía tres años. La había visto crecer siempre detrás de su padre que era sacristán de la iglesia, apartada de los demás niños, siempre en el templo ayudando a mantenerlo limpio y ordenado. Nunca le conoció acciones descompuestas, ni le oyó alzar la voz. Ya mayor, jamás la vio faltar a misa o a los sermones, menos aún a la doctrina cristiana. Fray Simón de Lara podía dar testimonio de ello. Era asidua al rosario que rezaba con fervor. Cuando no estaba en el templo, se ocupaba en hilar y hacer mantas. No había en el pueblo niña más gentil que ella. Cuando a los 12 años llegó el tiempo de casarla, su padre, que la adoraba, sólo juzgó digno de ella a Sebastián Sánchez, quien le había sucedido en el cargo de sacristán de la iglesia. ¿Cómo podía ella haber siquiera sospechado de que no era la Virgen quien guiaba sus pasos?

A pesar de que no había verdugo, por lo cual Nicolasa Gómez fue arcabuceada antes de ser puesta en la horca, la ejecución fue todo un éxito. Fray José de Parga pronunció un inspirado y severo sermón. La condenada pidió que los indios e indias se le acercasen y, dando muestras de un profundo arrepentimiento, les dio a entender que el Demonio los había engañado. Cuando su cabeza fue separada del cuerpo, los indios del común de Cancuc se retiraron a sus casas aterrorizados.

III

A los pocos días de haber tomado Cancuc, don Toribio de Cosío envió despachos de paz a los pueblos sublevados llamándolos a dar obediencia al rey de España, y ofreciéndoles, a cambio, clemencia. Los indios principales de Tenejapa, Tenango, Oxchuc, Guaquitepec, San Martín, Sitalá, Huixtán, San Andrés y de la parcialidad de San Juan de Chilón acudieron, unos tras otros, a postrarse a los pies del presidente de Guatemala, abjurando de sus errores y agradeciendo con toda humildad el perdón que se les otorgaba.

El alcalde mayor de Tabasco entró en esas fechas en la provincia de Chiapas por el pueblo de Los Moyos al mando de un ejército de mercenarios, y acabó con la resistencia de los rebeldes de la Guardianía de Huitiupán. A su vez, las tropas de don Toribio de Cosío emprendieron la marcha hacia el norte de Los Zendales, donde varios pueblos seguían sin responder a sus llamados de paz. Sin embargo, los infantes no tuvieron que librar más batallas. Yajalón, Petalcingo, Tumbalá, Tila, Bachajón, Ocosingo y Sibacá habían sido abandonados por sus moradores. Tras largas marchas por las sierras y las selvas, los españoles penetraban en pueblos desiertos en los que sólo el silencio salía a su encuentro. En Ocosingo -uno de los últimos pueblos en los que asentaron sus reales-, el espectáculo que se ofreció a sus ojos fue aún más desolador que en otras partes.

La niebla nocturna empezaba apenas a levantarse cuando tomaron el antes próspero y activo pueblo. A su paso no hallaban sino las huellas del odio tenaz, amargo y desesperado de los indios: las chozas con los fogones apagados, vaciados hasta de sus metates; los corrales sin cerdos, ni gallinas; la iglesia despojada de sus imágenes, ornamentos y campanas, regada con la sangre vertida por los cabecillas rebeldes en sus penitencias; el convento lleno de basura, con las puertas, ventanas y tapancos destrozados. La hacienda de los dominicos había sido saqueada y los cañaverales quemados. Del trapiche sólo quedaban los cimientos. A la salida del pueblo, rumbo a El Lacandón, una escuadra dio con el cadáver de un indio al que los animales habían empezado a devorar. Alrededor del cuello portaba aún la cuerda con la que había sido ahorcado. Era uno de los mensajeros que el presidente de Guatemala había enviado con despachos de paz.

La tarea de reducir la región norte fue larga y ardua. Los soldados tuvieron que empezar por registrar las milpas cercanas a los pueblos abandonados en busca de ancianos, enfermos o mujeres con niños. Mediante ellos, alternando promesas y amenazas, enviando a los hombres a los montes en busca de los huidos y guardando a las mujeres como rehenes, lograban atraer poco a poco a los demás indios. Cuando tardaban demasiado en venir, destacamentos armados se internaban en las sierras a la caza de los indios recalcitrantes.

Los pueblos volvieron a poblarse. Se levantaron nuevos y detallados padrones de tributarios, y se nombraron alcaldes y regidores de entre los indios leales. En Yajalón, don Toribio de Cosío encontró un principal, Nicolás de Villafranca, quien, a pesar de que su yerno, Juan Hernández Totoncapa, había sido un destacado dirigente de la rebelión, se comportó de forma especialmente obediente y diligente en la reducción de su pueblo, por lo cual en recompensa le confirió el cargo de gobernador.

Antes de retirarse de la región, las tropas del presidente de la Audiencia de Guatemala apresaron por sorpresa a los cabecillas de la revuelta que, confiados en las promesas de perdón, habían vuelto a sus casas. Se les juzgó sumariamente. Los más afortunados fueron azotados y desterrados de sus pueblos. Los otros fueron ejecutados ahí mismo o en Ciudad Real para servir de escarmiento.

En la provincia de Las Coronas y Chinampas la tarea resultó mucho menos ardua. Fray José Monroy, cura doctrinero de Chamula, atrajo a la paz a los pueblos tzotziles que se habían rebelado. Santiago, María Magdalena y Santa Marta acudieron prontos a su llamado. San Pablo Chalchihuitán tardó más tiempo en deponer las armas, pero finalmente se arrepintió de los muchos males que había causado. Sus principales cayeron de rodillas ante don Toribio de Cosío, y le dieron la obediencia debida. Los de San Pedro Chenalhó acudieron también a Ciudad Real. Como se sabían los más culpables, multiplicaron las palabras de fidelidad, juraron dar su vida por la verdadera fe, y se declararon dispuestos a apresar a todos los cabecillas que llegaran a su pueblo.

Al iniciarse la primavera de 1713, la provincia de Chiapas estaba pacificada y los indios reducidos a sus pueblos. Los principales dirigentes de la rebelión habían sido apresados, y la mayor parte de ellos ejecutados. Casi todas las tropas españolas habían sido licenciadas. Don Toribio de Cosío pudo entonces emprender la contramarcha a Guatemala. Había cumplido ejemplarmente en el servicio a ambas majestades, la divina y la terrena. Juzgaba la empresa que había llevado a cabo más ardua que la de conquistar una provincia. Los rebeldes, solía decir, embriagados por su afán de libertad y por su natural inclinación a la idolatría, eran más tenaces y arrojados que los mismos infieles.

Por el camino, iba soñando con las recompensas que el rey no faltaría en concederle en cuanto supiese de sus trabajos. ¿Sería su premio un virreinato? ¿Cuál prefería, el del Perú o el de Nueva España? ¿O sería un alto cargo en el Consejo de Indias? ¿Tal vez un título de Castilla?

Sumido en estas especulaciones avanzó dos leguas junto con su comitiva y la tropa que lo acompañaba. Se separó entonces del camino real, y subió en su caballo a una eminencia para contemplar por última vez el escenario de sus hazañas. Ante la interminable sucesión de cadenas montañosas que la transparencia del aire hacía más cercanas, no pudo dejar de pensar en el único punto que ensombrecía su proeza, en María de la Candelaria. ¿En qué barranco, en qué cueva, en qué claro de la selva, el Demonio la guardaba escondida?

Había dado órdenes a todos los pueblos para que saliesen en su busca. Lo mismo hicieron el alcalde de Tabasco y el sargento mayor que se ocupaba de la reducción de Ocosingo, Sibacá y Bachajón, de tal forma que las justicias se vieron acosadas por despachos que les exigían apresar a la indiezuela. Se destacaron mangas por las provincias de Los Zendales, Coronas y Guardianía. Se le buscó por todas partes: en los alrededores de Cancuc; desde los linderos de sus tierras hasta Santa Catalina, Guaquitepec y Sitalá; en los parajes entre Oxchuc y Tenango; por El Tanaté, a mano derecha del camino de Cancuc a Tenejapa. Los infantes españoles exploraron por ásperas montañas la frontera de Los Zendales con Las Coronas hasta llegar a San Pedro y San Pablo, batiendo los bosques. Registraron las cuevas cercanas a Sitalá y las milpas de Bachajón. No descuidaron las incultas y cavernosas sierras entre Huitiupán, San Pablo y Sitalá, ni las inaccesibles eminencias que atraviesan la Guardianía, de Los Moyos hasta Simojovel. Se le buscó incluso en los cacaotales de Shumulá y las montañas que lindan con El Palenque. Por su parte, fray José Monroy no desdeñó revisar el pueblo de Santa Marta en donde un año atrás una mujer había declarado que la Virgen se le había aparecido: no se podía descartar que los indios de ese pueblo estuviesen coludidos con María de la Candelaria.

Se dijo que estaba con Nicolás Vázquez, capitán general de los sublevados, o con Gerónimo Saraos, indio ladino de Bachajón y principalísimo cabecilla de la rebelión. Sin embargo, los dos fueron capturados y torturados para que develasen el paradero de la indiezuela, y los españoles tuvieron que rendirse a la evidencia de que ni el uno ni el otro sabían donde estaba.

En sus pesquisas, los destacamentos armados recibían de los indios, invariablemente, la misma respuesta a sus preguntas:

-No sé, no la he visto, no he oído dónde está, ni por dónde fue.

Ante tanta tozudez los cabos perdieron los estribos, y empezaron a someter a tormento a cualquier indio que les pareciese sospechoso. Por librarse del dolor, todos hicieron abundantes y confusas declaraciones. Las pistas falsas se multiplicaron.

Don Toribio de Cosío, temiendo que estos métodos provocaran una nueva huida de los indios a los montes dando al traste con las reducciones tan difícilmente logradas, riñó a los

oficiales por los excesos de sus subordinados, y probó medios más suaves: Ofreció al indio que denunciase a María de la Candelaria exención de tributos y servicios personales, 50 pesos de plata y el cargo de gobernador por cuatro años. Pagó también un novenario a la Virgen de la Caridad para lograr su captura.

A principios de marzo había llegado a creer que sus ruegos habían sido escuchados. Los indios de que estaba en Las Coronas se multiplicaban. Según unas informaciones estaba con una capitana viuda a la que los indios le atribuían el poder de arrojar rayos y que aseguraba que acabaría en poco tiempo con Ciudad Real. Según otras versiones vivía en una milpa en las afueras de San Pablo Chalchihuitán, y cuando entraba en el pueblo, repicaban las campanas en su honor. También se decía que estaba en San Pedro Chenalhó, en donde le habían levantado una ermita.

Fray José Monroy partió entonces, presto, al norte de Las Coronas con 100 chamulas armados. Entró a Chenalhó al anochecer, pero el pueblo estaba desierto. A pesar de la oscuridad de la noche y del lodo de los caminos, prosiguió a marchas forzadas hasta Chalchihuitán. Antes de llegar alcanzó a ver a lo lejos a unos indios que con unos ocotes encendidos se internaban en la montaña por el lado opuesto del poblado.

Al día siguiente procedió a hacer las averiguaciones pertinentes. Los pedranos negaron haber visto a María de la Candelaria, de lo contrario -decían- la hubiesen apresado tal como lo habían prometido. De nada sirvió que el fraile les dijese que había visto la ermita que le habían construido. Volvieron a negarlo, una y otra vez. Los indios de San Pablo Chalchihuitán fueron más locuaces, pero sus declaraciones eran casi todas fantasiosas. Se logró sin embargo capturar a la vieja capitana en los parajes de Maxilhó, entre San Pablo y Huitiupán, pero María de la Candelaria no estaba con ella. Las sospechas recayeron entonces sobre un indio en cuya milpa, en las afueras del pueblo, se encontraron un sobornal y una candela encendida, pero no pudo probarsele nada. La pista desapareció bajo el tenaz silencio de los indios.

Los rumores, en cambio, crecieron día tras día. Por toda la provincia de Chiapas no se hablaba sino de la indiezuela. Al mercado de Ciudad Real llegaban las versiones más disparatadas, y de ahí volvían enriquecidas a los pueblos. Los peones de las haciendas

murmuraban que el pleito no había acabado, que habían de tener su desquite. Unos indios iban de pueblo en pueblo profetizando que en cuanto volviese la Virgen darían en la cabeza a los españoles. Entre los rebeldes que seguían refugiados en los montes se decía que los españoles habían apresado a María de la Candelaria, pero que momentos antes de quemarla en la hoguera la Virgen la había salvado milagrosamente, llevándola junto con su marido a una cueva en El Tanaté. Enteradas de esta absurda fábula, las autoridades no desecharon la pista: Una escuadra fue a registrar la caverna, pero no halló rastro alguno de persona viva, sino tan sólo 20 esqueletos sin carne ni pellejo. Los comerciantes del barrio de Cuxtitali afirmaban que estaba soliviantando a los indios de Ocosingo, Bachajón y Sibacá. Los vecinos que se decían más informados estaban persuadidos de que se había pasado a la laguna de Términos para fraguar una alianza con los herejes ingleses que ahí desembarcaban. Estaba tan sólo esperando el momento oportuno para volver a levantar la provincia, contando ahora con las armas y municiones de los piratas. En Ciudad Real todos recordaban las palabras de aquel indio preso en la cárcel que a las pocas semanas de la toma de Cancuc, moribundo, pidió hacer una última confesión al alcalde mayor, don Pedro Gutiérrez. Los cabecillas rebeldes -dijo en aquella ocasión- habían acordado, antes de la derrota, engañar al presidente de Guatemala dando fingida obediencia al rey; pero en cuanto las tropas regresasen a Guatemala acabarían con los españoles ya que no necesitaban ni de ellos ni de los padres porque ya los indios tenían su nueva ley y habían elegido rey y obispo. Todo se haría a su tiempo.

El pánico cundía en la ciudad. Los sacerdotes no se atrevían a ir a administrar sus doctrinas y curatos de indios. El Cabildo alertó al presidente de Guatemala de que los vecinos estaban desertando de sus hogares, y le suplicó que no se retirase sin dejar una guarnición bien pertrechada de hombres y armas. Las monjas del convento de la Encarnación amenazaron con trasladarse a otra parte. Alegaban que sin una protección suficiente no podían permanecer en Ciudad Real, donde apenas si había 60 españoles legítimos, y donde todos los indios de los barrios eran espías de los rebeldes. En el momento en que el presidente diese la espalda, los indios sanguinarios y apóstatas bajarían por los cerros a matar a los españoles. En cuanto a lo que

harían con ellas -añadían-, su natural pudor les impedía siquiera insinuarlo. El Cabildo catedralicio, por su parte, intentó hacer ver a don Toribio de Cosío que, en efecto, los españoles eran pocos y los indios muchos, y además éstos eran vengativos y apetecían en demasía la libertad.

El presidente de la Audiencia de Guatemala se molestó ante estos requerimientos. Los vecinos de Ciudad Real, que poco habían contribuido a la guerra, se atrevían ahora a poner en duda el que hubiese dejado la provincia perfectamente pacificada. Respondió entonces que una tropa permanente era inútil y gravosa para la real hacienda, y que el mayor muro y presidio para proteger la ciudad era el buen tratamiento a los indios; pero los vecinos no querían entender estas razones. Usando de mayor tacto hicieron ver a don Toribio de Cosío que mientras María de la Candelaria no apareciese, su obra pacificadora no quedaba en su total perfección -el presidente asintió-. Que de su captura -continuaron- dependía el total sosiego de la provincia; que al seguir oculta podía ser una causa de inquietud para los indios, rústicos e incapaces; que se podían temer malas consecuencias en la bárbara materialidad de los naturales por las sugerencias de Satanás, que obraba por medio de ella. En definitiva, que María de la Candelaria era la chispa que podía volver a prender el fuego en toda la provincia.

A la salida de la infantería de Guatemala, 100 hombres armados permanecieron en Ciudad Real en tanto se apresaba a la indiezuela.

En el mirador, don Diego de Oviedo y Baños, oidor de la Real Audiencia de Guatemala, auditor de guerra en la pacificación y asesor en los juicios a los indios rebeldes, adivinando los pensamientos de don Toribio de Cosío se le acercó y, casi en susurro para atenuar su atrevimiento, le dijo:

-Su señoría no debería preocuparse más por aquel demonio. Don Pedro Gutiérrez, con su celo acostumbrado, no descansará hasta ver a la maldita indiezuela en una mazmorra en espera de que su señoría mande ajusticiarla. No pasará mucho tiempo antes de que reciba noticias sobre su destino.

Efectivamente, a los tres meses llegó a Guatemala una carta del alcalde mayor de Chiapas dando cuenta de las pesquisas realizadas; pero los resultados de éstas no eran todo lo satisfactorio que don Diego de Oviedo había asegurado.

A la salida del presidente de Ciudad Real empezó a correr la voz de que en El Platanar, en los espesos bosques entre Ocosingo y Comitán, los indios habían construido una ermita donde sacrificaban niños al ídolo de Cancuc. Don Pedro Gutiérrez organizó con sumo cuidado una expedición para registrar esos parajes. La tropa, a cargo del sargento mayor Juan de Quintanilla, se compuso de los 25 infantes españoles más saludables y alentados, y de 15 indios de los más corpulentos y de aguante de los barrios de Mexicanos y Tlaxcaltecas. La madrugada del 7 de julio, antes de partir, asistieron todos a la catedral a oír una misa rezada que se ofreció a Nuestra Señora de Montserrat para que ésta inclinase a su hijo a descubrir el escondite de María de la Candelaria. Los soldados tenían, además, orden de rezar todas las noches un rosario a una imagen de esta Virgen que llevaban consigo. Al llegar a Ocosingo se encontraron con la sorpresa de que los alcaldes del pueblo acababan de aprehender a casi 20 indios -hombres, mujeres y niños- que eran parte de los que habían vivido en El Platanar y que luego se habían pasado a otro paraje cercano, llamado Coilá. En ambos sitios tuvieron una ermita en la que rendían culto a un bulto tapado. Los capitanes rebeldes que lo habían traído decían que era la Virgen de Cancuc; pero varios indios -cada uno en un momento distinto-, estando solos en la ermita, habían levantado la manta que cubría el bulto. En lugar de la anhelada Virgen habían visto horrorizados un monstruoso animal de ojos resplandecientes parecido a un tigrillo dentro de un sahumador. La indiezuela nunca había estado con ellos.

Juan de Quintanilla decidió entonces volver a seguir las pistas desde el lugar de partida. Con sus hombres se dirigió a Cancuc, y, ahí, a fuerza de azotes, logró que algunos indios confesaran que tras la entrada de los españoles a su pueblo habían visto a María de la Candelaria en los parajes de El Tanaté, de donde había pasado a San Pedro y San Pablo. El rastro desembocó de nuevo en un indio de Chalchihuitán, Salvador López. El sargento mayor probó todos los medios para sacarlo de su mutismo, desde los más suaves hasta los más violentos. La esposa fue puesta a

cuestión de tormento. Loca de dolor tan sólo gritaba que la ahorcasen, que quería perecer con su marido. El hijo, en cambio, no resistió la tortura y confesó que María de la Candelaria, su padre, su marido, su hermano y su cuñada habían estado unos días en la milpa de su padre, y de ahí habían partido para El Palenque o El Lacandón.

Todo indicaba que Juan de Quintanilla no había hecho otra cosa sino recorrer la misma pista que fray José Monroy, pero con cuatro meses de retraso. En ese momento la indiezuela podía estar ya muy lejos, en los confines de la provincia de Chiapas o incluso más allá de ésta.

En su periplo por Los Zendales y Las Coronas, Juan de Quintanilla recogió ciertas declaraciones en las que se daba por muerta a María de la Candelaria. Don Pedro Gutiérrez, para disimular en algo el fracaso de la expedición, no dejó de transmitir las al presidente de Guatemala. Varios indios afirmaron que se había desbarrancado en unas cuevas en Tzacubiljá, camino de Comitán. Otros habían oído decir que los zopilotes habían devorado su cadáver, arrojado al fondo de un precipicio en Yalhá Quiná, cerca de El Platanar. Por su parte, el alcalde mayor juzgaba muy verosímil que, huyendo en la fragosidad y aspereza de los montes, hubiese perecido en un despeñadero. No descartaba, sin embargo, el que hubiese llegado de otra forma al Infierno: aquellos que durante la rebelión la habían manejado a su antojo muy bien podían haberla matado para que no revelase sus nombres.

Don Pedro Gutiérrez no juzgó oportuno mencionar en su carta la versión que más había arraigado entre los indios a partir del momento en que la confesión del hijo de Salvador López se había difundido: María de la Candelaria, montada en un burro, se había retirado con su familia al desierto de El Lacandón, de donde volvería pasados 1260 días, una vez que don Toribio de Cosío hubiese muerto.

IV

La trinchera cedió por el lado derecho. Unos minutos antes, don Nicolás Vázquez, principal capitán general de los soldados de la Virgen, herido en una mano, había tenido que ser retirado del frente de batalla.

De nada había servido que María de la Candelaria hubiese bendecido la defensa la noche anterior. Sus profecías, que aseguraban que la Virgen, Nuestra Señora, y San Pedro Apóstol cuidarían de que las bocas de fuego de los españoles arrojaran agua y no balas, no se habían cumplido. Los rezos de los ancianos que se habían congregado en la ermita no fueron suficientes para que la victoria los favoreciese. Los indios huyeron, entonces, al monte, despavoridos, como venados acechados, a pesar de que María de la Candelaria les había asegurado que sólo aquellos que tuviesen dos corazones, que no creyesen firmemente en la Virgen de Cancuc, morirían, y que aquellos que abandonasen el combate irían al Infierno.

Antes de cobrar cabal conciencia de la derrota, María de la Candelaria fue llevada en vilo a un bosque espeso a dos leguas de Cancuc por su padre Agustín López y su marido Sebastián Sánchez. Con ellos venía su madrastra, Nicolasa Gómez, con su hija de pecho. Unas horas después se unieron a ellos Sebastián López, su hermano mayor, y la mujer de éste, María Hernández. Ahí, en las faldas de El Tanaté, se fueron congregando varias decenas de indios. Permanecieron unos días en esos parajes alimentándose con el maíz de unas milpas cercanas; pero avisados de que los

infantes españoles estaban registrando los alrededores, se internaron más profundamente en las serranías.

Los fugitivos se fueron desparramando por distintas veredas. Nicolasa Gómez se volvió con su hija a Cancuc, y María de la Candelaria, su padre, su marido, su hermano y su cuñada se quedaron solos, avanzando sin rumbo fijo. Calmaban su hambre con frutas silvestres, hierbas, raíces y hormigas que cogían en los bosques y en las riberas de los arroyos. Hasta piedras hubiesen comido con tal de no acercarse a las milpas, temerosos de que sus propietarios los denunciassen a los españoles.

Desde que se alejaron de El Tanaté, María de la Candelaria guardaba un profundo silencio que los demás no se atrevían a romper. Después del pánico inicial, su alma se debatía en una ponzoñosa confusión. Hacía apenas unos días era temida y respetada por todos. Los indios de Los Zendales, Guardianía e incluso de Las Coronas caminaban días enteros para ir a la ermita a besarle las manos y, algunos, los pies. Bastaba una palabra suya para enviar miles de hombres a la batalla. La vida de los prisioneros pendía de sus designios. Se había imaginado entrando a Ciudad Real, cargada en una silla, con su ejército victorioso aclamándola por las calles empedradas. Desde el cabildo, habría dado las órdenes para extender su dominio a Guatemala, Nueva España y a todos los reinos que existiesen en el mundo. Ahora, tras la derrota, comprendía que todo había sido un engaño del Demonio.

A medida que los días transcurrían, el cansancio y la desesperación se adueñaban de ella. Al avanzar al borde de un despeñadero pensó en arrojarse al vacío, pero logró resistir aquella tentación, y prosiguió la marcha.

Al cabo de unos 40 días, al entrar en un claro del bosque, se encontró con unos indios de Oxchuc que surgieron de improviso, como bajados del cielo, y la encaminaron con los suyos hacia San Pedro Chenalhó. La esperanza renació en ella: Sebastián Gómez de la Gloria les daría seguramente asilo en su casa.

Sebastián Gómez de la Gloria había hecho su aparición en Cancuc pocos días después de la batalla de Huixtán en la que los soldados de la Virgen, que habían logrado adueñarse de la región y que avanzaban invictos hacia Ciudad Real, sufrieron su primera derrota. Habían sitiado a un contingente armado de españoles en el pueblo de Huixtán; pero cuando estaban por lanzar el asalto final llegaron inesperadamente unas compañías de vecinos de Ciudad Real y de indios chiapanecas que se mantenían leales al rey de España, rompiendo el cerco y poniéndolos en fuga. Los españoles no intentaron perseguir a los rebeldes hasta su fortaleza en Cancuc. Para no arriesgar sus pocas fuerzas, regresaron a Ciudad Real a esperar ahí la llegada de hombres y armas de Guatemala.

Como resultado de la derrota de Huixtán, los ánimos de los indios rebeldes se habían enfriado. Algunos se habían regresado a sus pueblos, y otros estaban pensando en hacerlo cuando una procesión de la provincia de Las Coronas y Chinampas, que llevaba una pequeña imagen de San Pedro sobre unas andas, entró a Cancuc con gran fiesta y solemnidad. A la cabeza de la procesión iba un indio ladino de edad madura: era Sebastián Gómez de la Gloria. Una multitud de indios de los diversos pueblos de Los Zendales se congregó en la plaza frente a la ermita. Sebastián Gómez de la Gloria se dirigió a ellos, y en un tzeltal plagado de tzotzilismos pero no por eso menos florido y persuasivo, explicó lo que le traía al pueblo: Había subido al Cielo, a la Gloria, en donde había conversado largamente con la Santísima Trinidad, Nuestra Señora la Virgen y el apóstol San Pedro. De regreso a la tierra, San Pedro lo había ungido vicario universal, y le había dado, como testimonio de esta dignidad, su imagen de bulto. Después de tan milagroso suceso venía a ponerse a los pies de la Virgen de Cancuc.

María de la Candelaria, que había presenciado toda la escena desde el umbral de la ermita, mandó que le trajeran posol fresco -debía de estar sediento después de tan largo recorrido y de tanto hablar-, y lo invitó a pasar a su recinto sagrado. Sebastián Gómez de la Gloria hizo que sus acompañantes transportaran la imagen del apóstol, que se colocó, entre rezos y cantos, en el altar a un lado de la Virgen del Rosario. Una vez terminada esta ceremonia y retirados los curiosos, Sebastián Gómez de la Gloria se sentó en uno de los bancos frente al séquito habitual de María de

la Candelaria. En el lugar de honor estaba el padre de la muchacha. Le seguía Gerónimo Saraos, indio ladino de Bachajón que tenía el cargo de secretario de la Virgen. Venían luego Sebastián García y Miguel Gómez, antiguos regidores de Cancuc. Un quinto lugar permanecía vacío.

Todos miraban con recelo al recién llegado. La proclamación de un nuevo milagro, irremediamente autenticado por la actitud de María de la Candelaria que había actuado sin consultarlos, les provocaba una gran inquietud. Temían que su prestigio ante los indios se debilitase. Gerónimo Saraos, que ya había tenido noticias del pedrano, ladino y letrado como él, creía percibir en éste un peligroso rival. Pero, por otra parte, todos comprendían que detrás de Sebastián Gómez de la Gloria estaban gran parte de los indios tzotziles de Las Coronas y Chinampas, que, si bien se habían rebelado contra los españoles, acudían en escaso número a Cancuc y no contribuían al sustento del pueblo, ni engrosaban las filas de los soldados de la Virgen. Después de la derrota de Huixtán no podía despreciarse su ayuda.

Tras un tenso silencio, Sebastián Gómez de la Gloria tomó la palabra:

-No es bueno que los pueblos estén sin padres. Nuestros hermanos necesitan quien los bautice, los case y los confiese cuando están enfermos. Necesitan quien les transmita los designios de la Virgen y les haga entender que el camino del Cielo está cerrado para los españoles, que no son sino judíos que se niegan a creer en la aparición de Nuestra Señora. Hace falta quien les dé ánimos para venir a Cancuc a alistarse en las tropas que han de arrasarse la Jerusalén del valle de Jovel.

A continuación, propuso nombrar como vicario general al padre de María de la Candelaria. Agustín López declinó el honor, y cedió el cargo a Gerónimo Saraos, señalando que éste, por haber sido fiscal y escribano en su pueblo, podía ejercerlo mejor que él. Saraos se apresuró a aceptar tan alta dignidad, y ese mismo día escribió despachos a todos los pueblos de Los Zendales, llamando a los indios que supiesen leer y escribir a presentarse en Cancuc.

Gran parte de los fiscales de las iglesias, junto con algunos maestros de coro y un escribano, dejaron sus quehaceres y se encaminaron al pueblo de la Virgen. Sebastián Gómez de la Gloria los reunió una noche en la ermita, y los hizo arrodillarse ante el altar donde ardían cinco

candelas. Después de cantar durante varias horas las letanías y de rezar el rosario, tomó la candela central, la acercó a la cabeza y luego al corazón de cada uno de ellos. Los asperjó con agua bendita con un hisopo, les dio a besar un crucifijo, y murmuró unas oraciones en castellano que ninguno de ellos comprendió, ya que aunque sabían leer y escribir sólo hablaban su lengua materna.

Antes del amanecer, un indio recorrió las calles echando pregón de que la Virgen y San Pedro habían nombrado padres vicarios para que dijese misa y administrasen todos los santos sacramentos. Los vecinos, despertados por estas voces, salieron a las puertas de sus chozas, algo incrédulos hasta que, atónitos, vieron cómo los nuevos ministros, revestidos de albas y estolas, sacaban en procesión al Santo Entierro entonando el Miserere. María de la Candelaria, con el manto de Santo Tomás a los hombros, abría la marcha.

Después de este primer éxito, Sebastián Gómez de la Gloria pasó a poner orden en los asuntos militares: Cada pueblo tenía varios capitanes, y las rivalidades y disputas por el poder y el botín entre todos ellos eran continuas. Para acabar con esta situación convenció a María de la Candelaria de que era necesario nombrar capitanes generales que, revestidos de la autoridad de la Virgen, fueran obedecidos por todos. Acordaron juntos nombrar tres capitanes generales de distintas regiones. El primero de ellos, y el de más autoridad, fue Nicolás Vázquez, natural de Tenango pero vecindado en Bachajón, quien -como Sebastián Gómez de la Gloria había podido observar- gozaba de la entera confianza de María de la Candelaria. La muchacha y el pedrano le dieron posesión de su título, que incluía el tratamiento de Don, en la ermita. Sebastián Gómez de la Gloria dijo misa asistido por María de la Candelaria, que portaba una casulla. Al momento del sacrificio, los dos partieron la hostia, la consumieron, y bebieron el vino del cáliz. Luego el pedrano -al igual que había hecho con los vicarios- roció con agua bendita a Nicolás Vázquez, y le dio a besar un Santo Cristo.

Con una ceremonia similar se nombró en los días siguientes a Juan García, de Cancun, hermano de uno de los cuatro principales mayordomos de la ermita -Sebastián García- y antiguo alguacil mayor y mayordomo de fray Simón de Lara. El tercer capitán general fue Lázaro

Jiménez, originario del pueblo de Huitiupán. Con este nombramiento se le recompensaba por su destacada participación en el primer ataque a Simojovel, hecho de guerra que había permitido reafirmar la autoridad de los sublevados de Cancuc en toda la región.

Después de la derrota de Huixtán los indios de Huitiupán habían abandonado Cancuc, y se habían vuelto a sus casas. Sus alcaldes y regidores que, escépticos ante el milagro, habían permanecido todo el tiempo en el pueblo, llamaron entonces a su fraile doctrinero, Juan de Dios Campero, que se había refugiado en Tabasco, y, junto con él, escribieron a Ciudad Real pidiendo ayuda a los españoles contra los rebeldes.

Lázaro Jiménez, a diferencia de los demás huitiupenses, no renegó de la Virgen, y permaneció en Cancuc. Días después acompañó, como guía, a un escuadrón armado que tenía órdenes de reincorporar a los de su pueblo a la sublevación por cualquier medio. Los indios de Huitiupán, juzgando la batalla perdida de antemano, se sometieron sin ofrecer resistencia, y, como prueba de su sinceridad, prometieron unirse al ataque contra el pueblo vecino de Simojovel que siempre se había mantenido obediente al rey de España.

Al día siguiente, al amanecer, huitiupenses y cancuqueros, en taparrabos y cubiertos de lodo rojo, llegaron a vista del pueblo. Los indios de Simojovel estaban todos en la iglesia, oyendo la misa que celebraba fray Juan de Dios Campero. Al son de tambores y clarines, y al grito de "Mueran los perros de los judíos", los soldados de la Virgen dieron el asalto empuñando sus fusiles, sus lanzas y sus machetes. Los de Simojovel intentaron ofrecer resistencia, pero como estaban desprevenidos y desarmados, sucumbieron rápidamente. El fraile franciscano salió de la iglesia de rodillas con la Divina Majestad en sus manos. En tzotzil suplicó a los atacantes que no lo matasen. Antes de que pudiera terminar de hablar, un certero disparo de escopeta terminó con su vida. El Santísimo cayó en el lodo, y fue pisoteado, primero por los indios que huían despavoridos y luego por los caballos de los agresores que corrían detrás de ellos.

Después de la batalla en la que perecieron más de 70 indios de Simojovel, los rebeldes degollaron los cerdos y las gallinas que encontraron en el pueblo, y se instalaron en la plaza para celebrar el banquete de la victoria. Antes de dejar Simojovel saquearon las casas y les prendieron

fuego. Aunque sólo participó como soldado, Lázaro Jiménez dio muestras de gran valor -algunos testigos afirmaron que había sido él quien había disparado contra el fraile- por lo que se le recompensó con el cargo de capitán general.

Sebastián Gómez de la Gloria hizo otro nombramiento que aunque pasó casi totalmente inadvertido, le acabó de ganar las simpatías de María de la Candelaria.

Las balas para los fusiles que los indios habían cogido en Chilón, luego de exterminar a los vecinos españoles que se habían refugiado en el convento, se habían acabado. El herrero mestizo, Diego Ballinas, que como otros de su casta había tomado el partido de los indios, forjaba puntas de lanzas con las rejas y los peroles que se habían saqueado de los trapiches de Ocosingo. Esos objetos, sin embargo, no eran propios para fabricar balas. Los tubos del órgano de la iglesia, en cambio, convenían perfectamente para ese fin. Juan Pérez, el joven organista de Cancuc, intentó oponerse a su fundición, pero ¿qué podía un muchacho contra la decisión de todos los capitanes? Después de alegar inútilmente con ellos durante varias horas, desconsolado entró a la ermita. Se arrodilló frente a Nuestra Señora del Rosario y, con los rezos más suaves y dulces, le imploró que salvara su órgano.

Detrás del altar, en el aposento secreto, sin ser vista por él, María de la Candelaria lo escuchaba. Desde las primeras palabras reconoció la voz de aquel que en su niñez le había hecho descubrir todos los rincones de la iglesia y que, con la autoridad que le daban los cinco años con los que la aventajaba, le había explicado, ante las imágenes, los misterios de la fe y la vida de los santos, que no siempre alcanzaba a comprender en los elevados sermones del fraile doctrinero. Las súplicas de su antiguo compañero de juegos por aquel órgano en el que le había escuchado tocar tantas veces cuando, próxima a la edad de matrimonio, iba a la iglesia a contemplar durante largas horas la pintura que representaba a la Virgen del Rosario, tal como se había aparecido a Santo Domingo, eran como espinas de maguey que le atravesaban el corazón. Pero tampoco ella, a pesar de toda su autoridad, podía hacer algo contra las necesidades de la guerra.

Sebastián Gómez de la Gloria, que estaba siempre pendiente de cuanto sucedía en el pueblo, al ver unas horas después el semblante sombrío de María de la Candelaria, adivinó cuál era su

causa. Por la noche llamó a Juan Pérez, y lo nombró organista de la catedral de la Jerusalén del valle de Jovel, cargo que pasaría a desempeñar en cuanto tomasen la ciudad. La fundición de su actual instrumento -le dijo en tono profético- no hacía sino apurar el advenimiento de aquel momento, glorioso entre todos.

A principios de octubre, Sebastián Gómez de la Gloria regresó a Las Coronas para nombrar vicarios en los pueblos de esa provincia. Durante su corta estancia de un mes en Cancuc no había aspirado ni a tomar las riendas de la sublevación ni a enriquecerse. Su única ambición era acabar con los españoles que él llamaba judíos -denominación que luego adoptaron todos los rebeldes-.

Hasta ese momento las relaciones que María de la Candelaria había mantenido con él eran cálidas y afectuosas, pero varias semanas después de su partida se presentó en Cancuc su hermano, Domingo Gómez. Todo lo que Sebastián tenía de astuto y de conciliador el hermano lo tenía de déspota y arbitrario. Llegó haciendo ostentación del título de vicario general que, según él, su hermano le había otorgado, lo que irritó sobremanera a Gerónimo Saraos. En nombre del apóstol San Pedro hizo proclamar un bando en todas las iglesias, advirtiendo que el mundo no podía perseverar si no había fiadores que respondieran ante Dios por los pecados de los hombres. Los indios, empero, decía -equivocándose en ello por completo-, no temían ni reverenciaban como era debido a los padres vicarios que San Pedro les había dado. Para poner remedio a eso exigió que, por de pronto, se le tratase a él como se solía hacer antes con los obispos españoles: Todos debían besarle los pies y hablarle de ilustrísimo y reverendísimo señor. Luego, ordenó que las mujeres españolas y ladinas que estaban cautivas en Cancuc y que, vestidas de indias, hacían de sirvientas, moliendo el maíz y echando las tortillas, se casasen con indios. Los esposos se escogieron entre los capitanes y los hijos de vicarios. La medida creó resentimientos entre aquellos que no fueron tomados en cuenta y se sentían con tantos o más méritos que los elegidos. Cuando empezó a cobrar obvenciones exorbitantes por sus servicios religiosos, las murmuraciones en su contra crecieron velozmente. A pesar de varios avisos siguió usando de su cargo con soberbia. Los indios del común de Cancuc se conjuraron, entonces, en su contra. No habían acabado con los curas y frailes españoles para ser expoliados y vejados por un vicario de su propia sangre. Una

mañana cayeron sobre él en su casa y, a azotes, lo condujeron hasta el pie del árbol en el que lo ahorcaron. Todo fue tan rápido que las autoridades no tuvieron tiempo de intervenir.

A pesar de ese incidente, María de la Candelaria confiaba en que en esos momentos difíciles Sebastián Gómez de la Gloria no les daría la espalda. Sin duda, sabría que ellos no habían tenido nada que ver con el linchamiento de su hermano. Al aproximarse a Chenalhó, al pie de un cerro sembrado de tejocotes, envió a su padre y a su hermano diciéndoles:

-Vayan al pueblo que está enfrente. Ahí encontrarán a Sebastián Gómez de la Gloria. Díganle que lo necesito.

Fueron, pues, hasta la iglesia donde estaba Sebastián Gómez de la Gloria junto con don Nicolás Vázquez, ya restablecido de las heridas que había recibido en la defensa de Cancuc. El pedrano los invitó a sentarse y a descansar, y les preguntó por María de la Candelaria.

-Está a tres leguas de aquí, aguardando que San Pedro le dé licencia para pasar a devolverle la visita -respondió Agustín López.

-Coman, que deben de estar hambrientos después de tantos días de ayuno. Mientras, yo me encargaré de los preparativos para recibirla.

Sebastián Gómez de la Gloria juntó a los indios del pueblo y les mandó construir una ermita detrás de la iglesia.

A los pocos días, María de la Candelaria hizo su entrada en Chenalhó. Sebastián Gómez de la Gloria y los principales del pueblo salieron a recibirla al camino. A su paso, la gente del común cubría las calles con juncia. Las mujeres y los niños la rodearon y la acompañaron hasta la ermita, donde una multitud se había congregado. Todos los indios le preguntaban si era cierto que la Virgen se le había aparecido y le había hablado, y le pedían encarecidamente que contara cómo se había realizado ese milagro.

María de la Candelaria, sorprendida y emocionada por todas estas manifestaciones de cariño y de respeto que le hacían ver que su prestigio se mantenía intacto, accedió a sus ruegos. El

bullicio cesó. Con sus sencillas palabras narró cómo, a principio de junio, estando detrás de la casa de sus padres, en un paraje donde el bosque se torna muy espeso, se le había aparecido la Virgen, Nuestra Señora, en forma humana, muy linda y muy blanca, y le había dicho:

-María, tú eres mi hija.

A lo que ella, toda temblorosa, respondió:

-Sí, señora, y tú eres mi madre.

-Ven, acércate. A partir de ahora estarás siempre conmigo, serás mi criada, y harás todo lo que te pida.

-Sí, señora, estaré siempre contigo, y estaré siempre muy obediente a tus mandatos.

-Es mi voluntad que se haga aquí una ermita para que yo viva en ella contigo, porque me he compadecido de los sufrimientos de los indios, y vengo a estar cinco años con ellos para aliviarlos de sus trabajos y de sus pesares.

Corrió entonces a llamar a su familia para que viniese a ver el milagro, pero cuando su padre y su hermano llegaron al paraje no vieron a la Virgen.

Al principio nadie quería creerle, y era despreciada por todos en el pueblo. La Virgen, no obstante, seguía apareciéndosele y le decía:

-¿Qué pasa, hija mía? ¿Por qué no me han construido la ermita? ¿Acaso los indios de Cancuc no quieren que esté con ellos?

Ella, acompañada por su padre que finalmente se había convencido del milagro, iba todos los días a hablar con las justicias y los principales. De tanto insistir, algunos, al verla tan fuerte y decidida, empezaron a dudar y a preguntarse si no sería cierto lo que decía. Después de unas semanas, la Virgen, para probar su fe, permitió que la noticia llegara a oídos de fray Simón de Lara. El cura doctrinero la mandó llamar, junto con su padre, y después de interrogarlos sobre la aparición los hizo azotar cruelmente en la iglesia. La llevaron malherida a la casa de sus padres donde se juntaron los alcaldes y muchos indios más. Ahí, llorando de dolor, dijo una vez más a todos los presentes que era verdad que la Virgen le hablaba y que por amor a ella la habían azotado.

Los cancuqueros, conmovidos, abrieron por fin sus ojos, abandonaron sus reticencias, y entregaron su corazón a la Virgen de las apariciones. Sin más tardanza, emprendieron la construcción de la ermita. Satanás, que obraba por medio de fray Simón de Lara, intentó disuadirlos con amenazas, pero sus esfuerzos fueron vanos: Algunos indios se burlaron del fraile, otros lo insultaron hasta que no tuvo más remedio que huir a Tenango.

Al finalizar el relato, un anciano le preguntó a María de la Candelaria si la Virgen se le seguía apareciendo.

-No -respondió tristemente-. La Virgen se quedó en Cancuc.

Las semanas que María de la Candelaria y sus familiares permanecieron en Chenalhó les permitieron recobrase anímicamente de la soledad y el abandono en que habían estado, perdidos entre los montes. Los indios de San Pedro acudían a menudo a la ermita a rezar y a llevarles comida y diversos obsequios. No faltaron, sin embargo, motivos de preocupación y tristeza. Agustín López recibió a los pocos días la noticia de la ejecución de su esposa, traída por una india de Tenejapa, quien le dijo:

-Ya tu mujer es muerta. El señor presidente la mandó ahorcar. Un hermano mío que se hallaba en Cancuc la vio ahorcar y me lo contó. Dios la tenga en su Gloria.

Esta india no supo decirle qué había sido de su hija Antonia.

María de la Candelaria, por su parte, estaba afligida porque don Nicolás Vázquez no había salido a recibirla con Sebastián Gómez de la Gloria, y no había pasado ni una sola vez a visitarla a pesar de que se encontraba en la región, yendo y viniendo constantemente entre Chalchihuitán y Chenalhó. Este distanciamiento le pesaba ante todo porque don Nicolás había sido siempre su más fiel capitán. No tenía nunca esas miradas turbias y recelosas que a menudo percibía en los demás capitanes, sobre todo en los mestizos y en los ladinos. Tampoco era codicioso como los otros. Después del ataque a Simojovel había dado íntegra a la Virgen de Cancuc su parte del botín: 20 pesos en reales de plata. Acataba sus órdenes sin poner reparo alguno. Esta total obediencia había sido especialmente notoria en la ejecución de fray Marcos de Lambur.

Este fraile dominico había sido apresado en el ataque a Ocosingo y llevado a empellones hasta Cancuc. Sebastián Gómez de la Gloria no había hecho aún su aparición, por lo cual los indios carecían de curas y vicarios propios. Obligaron, entonces, a fray Marcos a decir misa en la ermita, amenazándolo de muerte. El dominico, que no tenía vocación de mártir, accedió. La ceremonia se anunció con pregón por todo Cancuc. Los vecinos conocían bien al fraile que había vivido varios meses en el pueblo aprendiendo tzeltal, y por eso acudieron todos a aquella misa que sentían como la consagración del milagro de la Virgen en un momento en que sus ejércitos iban de victoria en victoria: en Chilón habían exterminado al enemigo; en Ocosingo los españoles habían huido abandonando a sus mujeres e hijos; los pueblos de Los Zendales, Las Coronas y Guardianía se unían, uno tras otro, a la insurrección, obligando a los vecinos españoles, mal armados y aterrados, a atrincherarse en Ciudad Real.

Durante la misa, cientos de ojos siguieron los gestos del religioso cuidando de que no se apartase en lo más mínimo del ritual acostumbrado. En el momento en que fray Marcos de Lambur alzó la hostia y el cáliz, la esperanza de que el tiempo de su esclavitud hubiese terminado, de que la rueda del destino hubiese girado para por fin favorecerlos se hizo certeza tangible en los corazones de los indios presentes en la ermita.

La ceremonia no habría de repetirse. Después de la derrota de Huixtán, el dominico, creyendo que las tropas de Guatemala no tardarían en venir a liberarlo, se rehusó a volver a officiar misa en la ermita, alegando que para ello necesitaba licencia del obispo. Al enterarse de esta negativa, María de la Candelaria, enfurecida por el argumento esgrimido, mandó matar al sacerdote. Sin embargo, nadie se decidía a poner en ejecución la orden, limitándose todos a transmitirla a sus respectivos subordinados, hasta que, finalmente, llegó a Nicolás Vázquez. Este, sin dudarle un momento, fue a su casa por dos escopetas. Llamó a uno de sus hombres al que le dio una de las armas, y se dirigió con él a la iglesia. Fray Marcos de Lambur estaba en la puerta leyendo el breviario. Al primer disparo cayó al suelo, muerto. Alertados por el ruido, los indios acudieron al lugar. Después de percatarse de lo sucedido, embravecidos por la sangre, arrastraron el cadáver hasta una cueva profunda que llamaban el Infierno, y lo arrojaron en su

interior dando gritos de odio. Nicolás Vázquez no se unió a la muchedumbre. Fue directamente a la ermita a informar a María de la Candelaria que la sentencia que había pronunciado se había ejecutado.

Su fe en el triunfo de sus soldados había sido luego inquebrantable. Ni las continuas remesas de hombres y de armas de Guatemala a Jerusalén, ni luego el avance decidido de las tropas enemigas hacia Cancuc lo habían hecho vacilar. Ni siquiera cuando los judíos se apoderaron de Oxchuc, distante tan sólo siete leguas de Cancuc, y resistieron todos los embates para desalojarlos de ahí, aceptó deponer las armas y acogerse a la paz que don Nicolás de Segovia, el capitán de las armas, ofreció a los rebeldes. En esa ocasión actuó en contra del parecer de sus capitanes y del sentir de gran parte del común de los soldados que, al ver las muchas armas que tenían los judíos, juzgaban que la guerra estaba perdida de antemano.

A pesar de todo esto, ahora en Chenalhó, no se dignaba ni siquiera pasar a saludarla. Cuando María de la Candelaria interrogó a Sebastián Gómez de la Gloria respecto a la actitud de don Nicolás Vázquez, el pedrano contestó lacónicamente:

-Dice que está desengañado.

María de la Candelaria no insistió más.

Después de unas cuatro semanas, María de la Candelaria y sus familiares emprendieron de nuevo el camino. Su estancia en San Pedro no podía prolongarse indefinidamente. Un día u otro los judíos acabarían sabiendo que estaban refugiados ahí, y mandarían tropas a aprenderlos.

Antes de dejar San Pedro, asistieron en la iglesia a una misa que el vicario del pueblo ofreció a la Virgen del Rosario para que cuidase de ellos. Luego, los vecinos los acompañaron hasta el cerro de los tejocotes por donde habían llegado, semanas atrás. Sebastián Gómez de la Gloria les dio tortillas, posol, sal, dos pequeñas hachas y dos azadones, y se despidió efusivamente de ellos.

Apenas habían empezado a ascender por el cerro cuando oyeron voces y gritos de pleito. Angustiados, volvieron las miradas atrás, y vieron cómo los mismos indios de la comitiva que les habían acompañado apresaban a Sebastián Gómez de la Gloria. Agustín López, temiendo que

hiciesen lo mismo con ellos, corrió desahogado dejando atrás a sus hijos. Pero al darse cuenta en lo alto del cerro que nadie los seguía, avergonzado, se detuvo a esperar a los demás. María de la Candelaria lo reprendió severamente:

-¿Conque no pudiste permanecer con nosotros? El miedo fue más fuerte que tu espíritu y te ha vencido.

Agustín López no supo qué contestar.

Avanzaron todo el día por pequeñas veredas hasta llegar a las afueras de San Pablo. Un indio que trabajaba en su milpa detrás de unas peñas, aconsejándoles que no entraran en el pueblo, les invitó a alojarse en la choza que tenía junto a sus tierras, en donde estarían más seguros.

Permanecieron ahí varios días. Salvador López -así se llamaba el indio de San Pablo que les había brindado asilo- bajaba todas las noches al pueblo para cuidar de su mujer que estaba enferma. Al amanecer traía a sus huéspedes bastimentos diversos. Una mañana llegó más temprano que de costumbre. María de la Candelaria estaba en el metate acabando de moler unas pellas de posol, mientras su cuñada envolvía en un trapo las tortillas que las dos habían hecho para el viaje. Los hombres hacían varios bultos con los enseres que tenían y con las herramientas que habían recibido en Chenalhó, amarrándolo todo con unos lazos. Sobre la mesa ardía una candela. Salvador López se alegró de haber llegado antes de que se hubiesen marchado. Tenía una buena nueva que anunciarles: Sebastián Gómez de la Gloria estaba libre: A fuerza de palabras había convencido a los indios que lo habían apresado para entregarlo a los judíos de que lo soltaran, y había huido con rumbo desconocido.

-Hablando castilla y siendo amigo de San Pedro podrá ir todo lo lejos que quiera, a donde nadie pueda darle alcance, concluyó Salvador López.

Todos se alegraron y festejaron la astucia y habilidad del pedrano.

María de la Candelaria encargó a su anfitrión que tuviese una candela ardiendo y rezase todas las noches hasta que su mujer se restableciese totalmente:

-La he encomendado a la Virgen de Cancuc -dijo.

El chalchihuiteco juró hacerlo así, e inquirió sobre el destino de sus huéspedes.

-Nos vamos a El Palenque o a El Lacandón -respondió Agustín López.

No eran esos sus planes, pero más valía no dejar ningún rastro detrás de ellos.

-Dios dirá a dónde hemos de ir a morir -corrigió María de la Candelaria.

Y con estas palabras se despidieron. Desde la orilla de su milpa, Salvador López vio cómo los cinco fugitivos se internaban en la selva hasta desaparecer en sus profundidades.

V

La primera jornada caminaron hasta unas milpas distantes cuatro leguas de Huitiupán donde pasaron la noche. A la mañana siguiente prosiguieron su marcha a través de las montañas despobladas que se extienden entre Los Moyos y Guaquitepec. Agustín López conocía bien la región. En su juventud había ido muchas veces a cazar por aquellos bosques. Estuvieron errando varios días sin encontrar un paraje donde asentarse. De tanto dormir a la intemperie llegaron a ver con envidia los nidos de las aves y las madrigueras de los mapaches. Por lo menos ellos tenían donde recostar sus cabezas. Mientras se mantuvieron en los linderos de las tierras de los pueblos, pudieron alimentarse con el maíz que cogían en las milpas que encontraban a su paso. Sin detenerse, cruzaban por éstas, y arrancaban elotes que desgranaban ávidamente con las manos y que comían crudos. Pero al alejarse de los parajes habitados, sus escasas provisiones de posol y tortillas fueron menguando. Ninguno de ellos sabía adónde los conducía Agustín López; tal vez ni siquiera él mismo lo sabía. En una ocasión su hijo Sebastián, preocupado, le dijo:

-¿Qué vamos a comer, padre? ¿Qué vamos a beber?

-¿Con qué vamos a vestirnos? -añadió María Hernández, cuyo único huipil estaba todo rasgado por los árboles del camino.

María de la Candelaria intervino:

-No pierdan la fe, hermanos.

-Pero, ¿adónde iremos? -insistió Sebastián López-. Los judíos nos han de hallar en cualquier pueblo al que entremos.

-No te preocupes del mañana, bastante tenemos con vivir cada día. Recemos a Dios, Nuestro Señor. El sabe lo que necesitamos, no habrá de abandonarnos.

Una tarde en la que el calor de la temporada de secas se hacía agobiante, al subir por las escarpadas faldas de una montaña grande conocida como Chihuisbalam, vieron más arriba un palmar. María de la Candelaria propuso que pasasen ahí la noche. Habiendo llegado, cuál no sería su sorpresa al descubrir en un improvisado granero nueve zontles de maíz y bastante frijol y chile con unas ollas y unos comales. Sin duda algunos indios, al acercarse los judíos a su pueblo, habían huido a las montañas llevando esos víveres y enseres. Luego, al volver a sus hogares, confiados en el perdón que se les ofrecía, o apresados por alguna de las mangas de soldados que batían los montes, los habían dejado abandonados ahí.

Animados por tan providencial hallazgo, exploraron los alrededores de El Palmar. Un poco más arriba, se extendía un bosque muy espeso de pinos, encinos y helechos gigantescos. Avanzando por una estrechísima vereda, llegaron a un claro resguardado por una peña grande, al pie de la cual había un ojo de agua. La tarde empezaba a caer. María de la Candelaria, que se había adelantado unos metros, se volvió a su familia. Al sentir la brisa fresca que se levantaba y que mecía suavemente su negra y pesada cabellera, su rostro se transfiguró de felicidad: Habían hallado el anhelado refugio. Agustín López, adivinando su pensamiento, tomó la palabra y dijo:

-Hija, sería bueno quedarnos aquí. Si quieres haré aquí tres chozas de palma: una para vivir, otra para guardar las cosechas que obtengamos de sembrar el maíz que hemos encontrado, y otra para rezar a Dios, Nuestro Señor, y a la Virgen, su Madre Santísima.

Todos asintieron y alabaron la grandeza de Dios que les había conducido hasta ese paraje.

Una vez construidas las dos primeras chozas -la casa y la ermita-, la vida en El Palmar empezó a transcurrir al ritmo de las labores agrícolas. Los fugitivos de Cancuc se habían asentado en el momento preciso para desmontar, con la ayuda de sus dos hachitas, una parcela del bosque junto al claro. Cuando las Pléyades aparecieron en el firmamento nocturno, quemaron

el terreno desbrozado, rogando a la Santísima Cruz que nadie viese el humo, y sembraron los granos de las mejores mazorcas. Pasaron los meses siguientes en vilo, pendientes de la cosecha que de lograrse podría asegurarles su supervivencia, pero que el Diablo parecía haber jurado malograr. El terreno era bastante pedregoso y no resultaba demasiado propicio para enterrar profundamente los granos. Los hombres cuidaron con perseverancia de que los cuervos rapaces no se los comiesen. Cuando aparecieron los primeros brotes, cayó una helada tardía. Afortunadamente, la peña resguardó en algo la parcela. Las lluvias fueron en un principio muy irregulares, y las mujeres tuvieron que hacer cientos de viajes, llevando agua en las ollas del manantial a la milpa. Después, vinieron los aguaceros de San Juan, y todos, abandonando sus otros quehaceres, se entregaron de lleno al deshierbe. Cuando llegó el día del Arcángel San Miguel no quedó ya la menor duda de que con sus esfuerzos habían vencido al Demonio. Muchas semillas se habían perdido, ciertamente, pero aquellas que habían crecido eran robustas plantas que se erguían firmes y orgullosas, cargadas de mazorcas. Animados por estos resultados, doblaron las mazorcas maduras para protegerlas de las últimas lluvias, y sin tardar, sembraron frijol en la milpa para que creciese trepando por las cañas de maíz.

Aprovechando un respiro en las faenas agrícolas, levantaron un granero para, después de Navidad y Reyes, guardar en él la cosecha. Agustín López salía a menudo a tender trampas a los bosques aledaños para atrapar algún conejo, armadillo o comadreja. Llevaba con él a su hijo y a su yerno para enseñarles los secretos de la caza. Las mujeres mientras tanto recolectaban frutos y hierbas alimenticias y medicinales, y cortaban grandes manojos de flores silvestres con las que adornaban la ermita.

La ermita, que llamaban el Monte Calvario, era una pequeña choza muy limpia y aseada en la que habían puesto una gran cruz de madera de pino, y en la cual quemaban unas burdas candelas que hacían con la cera de las colmenas que hallaban los hombres en los bosques. Tres veces al día, al amanecer, al mediodía y al anochecer, se recogían todos en ella a rezar el rosario, guiados por María de la Candelaria, quien ofrecía sus rezos por la pasión y muerte de Jesucristo,

Nuestro Señor, y rogaba a la Virgen que los consolara y los aliviara de sus trabajos y pesares. No olvidaba nunca pedir, fervorosamente, perdón por todos sus pecados.

Estas sencillas y devotas ceremonias le hacían revivir, a veces, los grandes actos litúrgicos en los que había participado durante la rebelión: las misas en la ermita de Cancuc, atestada de indios, en las que mientras el vicario cantaba, ella, revestida de alba, amito, estola y la capa de San Juan Evangelista, improvisaba versos y canciones, y después consumía con el oficiante la hostia y el vino; las solemnes procesiones en las que, precedida por los capitanes, vicarios y mayordomos de la Virgen, acompañaba la custodia con el Santísimo que sacaban bajo palio; las ceremonias de ordenación de los capitanes generales que realizó con Sebastián Gómez de la Gloria; la procesión del Santo Entierro en la oscuridad del crepúsculo, en la que se dieron a conocer al pueblo sus nuevos vicarios; y, sobre todo, el primer sermón que había pronunciado en público y en el que había consumado la ruptura con el orden español. Aunque aquellos tiempos se le antojaban muy remotos, recordaba con todo detalle las palabras que había pronunciado en el sermón y las dramáticas circunstancias que le habían precedido.

La ermita había sido terminada, y fray Simón de Lara había huido de Cancuc, pero aún no se había llegado a un consenso en el pueblo sobre las acciones que se debían adoptar. Unos principales se ofrecieron entonces para acudir ante el obispo y solicitarle la licencia para mantener en pie la ermita, y evitar así el enfrentamiento con las autoridades españolas. Los principales fueron, pues, a Chamula a buscar al obispo fray Juan Bautista Alvarez de Toledo, que se encontraba ahí para participar en la misa que se ofrecía con motivo del santo patrón del pueblo, y cuyo nombre portaba el prelado. El obispo, en vez de otorgarles la licencia, furioso, les gritó que ya bastantes problemas había tenido con la falsa aparición de la Virgen en Santa Marta para andar tolerando otra en Cancuc. Los hizo apresar y los remitió a Ciudad Real, donde fueron azotados y encerrados en la cárcel pública. En los días siguientes las autoridades españolas llamaron a los alcaldes de Cancuc para que fuesen a dar cuenta de lo que acaecía en su pueblo.

Los alcaldes emprendieron varias veces el viaje, pero, temiendo correr la misma suerte que los principales, acabaron regresándose a su pueblo.

Mientras, Gerónimo Saraos, que se había instalado en Cancuc después de haber sido desposeído de su cargo de fiscal y expulsado de Bachajón, movilizaba a todas sus amistades en Los Zendaes para que acudiesen con el mayor número posible de indios a visitar la ermita de la Virgen.

Para fines de julio, los alcaldes de Cancuc, creyéndose amparados por los recados que fray Simón de Lara les enviaba desde Tenango alentándolos a obedecer los despachos de Ciudad Real y prometiéndoles interceder en su defensa, se presentaron ante las justicias españolas. Antes de que pudiesen explicar cualquier cosa, fueron arrojados a un calabozo del que no habrían de salir mas que para ser ahorcados meses después en la plaza pública. Las justicias españolas dieron los cargos de alcaldes y regidores de Cancuc a unos indios que juzgaron fieles y leales, y los remitieron al pueblo con una carta amenazadora en la que se ordenaba derribar inmediatamente la ermita. Los nuevos alcaldes la leyeron ante los indios de Cancuc y ante los forasteros que habían acudido en gran número, no sólo de las poblaciones tzeltales vecinas, sino incluso de pueblos choles tan alejados como Tila y Tumbalá. La lectura del auto se desarrolló en un silencio tenso y hostil. Nadie intervino, no digamos ya para incitar a los demás a acatar la orden, ni siquiera para proponer una respuesta diplomática y poco comprometedora. Las mismas justicias no se atrevieron a pedir prudencia y cordura, y se retiraron inmediatamente a sus casas dejando sobre la mesa del cabildo sus varas de mando.

Era preciso actuar; cualquier dilación podía ser fatal: las autoridades españolas, al saber que los nuevos alcaldes y regidores no habían sido obedecidos, no tardarían en enviar tropas armadas al pueblo. La unanimidad había sido por fin alcanzada en Cancuc, y un número suficientemente grande de pueblos había enviado hombres a ver el milagro de la Virgen.

Hasta ese momento no había tenido que hablar en público, su papel se había limitado a recibir las ofrendas y saluciones de los peregrinos. Escoltada por su padre, por Gerónimo Saraos, Sebastián García, Miguel Gómez, Gabriel Sánchez y su esposa, Magdalena Díaz, salió a la

puerta de la ermita y, ante los indios reunidos en la plaza, hizo una señal de la cruz. Para darse valor antes de empezar a hablar, musitó unas oraciones y a continuación dijo:

-Hermanos, llénense de gozo vuestros corazones. La Virgen, compadecida de nuestros sufrimientos, ha tomado forma y carne humanas para acompañarnos y aliviarnos en nuestros trabajos. Para predicar su llegada, se levantó hace un año una ermita en Santa Marta, y su mayordoma, al saber que la Virgen ha venido a poner su morada en Cancuc, me ha enviado su bendición desde la cárcel en donde la tienen presa los españoles. Nuestra Señora me pidió que le construyésemos en este paraje una casa para venir al mundo y dar sus enseñanzas a los indios que la visiten. Me ha dicho también que una vez erigida su ermita, tomase yo por nombre -como lo hago- el de María de la Candelaria. Las palabras que les voy a decir ahora dejarán sin duda estupefactos a los fiscales, maestros de coro, sacristanes y mayordomos, sin embargo, no son invención mía ni de otra persona humana, sino nuevos mandatos de la Virgen.

Un rumor de expectación corrió entre los asistentes.

-Desde la llegada de los españoles, nuestras vidas sólo han sido dolor y sufrimiento. Nuestro Padre celestial quiso que todos estos años padeciésemos los abusos e injusticias de los españoles, y que nuestro sudor y nuestra sangre corriesen a ríos y regasen la tierra. Si no trabajamos hasta caer rendidos de cansancio, si no pagamos con nuestras cosechas las mercaderías que nos obligan a tomar, si no les obedecemos ciegamente y nos humillamos ante ellos, nos castigan y nos azotan cruelmente amarrándonos a la picota. Nos han dado alcaldes y regidores, supuestamente para que nos gobernemos, pero estos hermanos nuestros acaban sus mandatos arruinados, teniendo que vender sus animales y sus bienes para pagar el faltante de los tributos. Por montes y barrancos, con calor o con lluvia, tenemos que cargar su leña, su maíz, su cacao y aun sus personas como si fuéramos mulas. Todo esto para acabar muriendo de alguna peste desconocida de nuestros antepasados, abandonados sin consuelo alguno porque los padres se niegan a ir a nuestras casas a darnos el viático diciendo que no son dignas de recibir al Santísimo.

Ante la enumeración de las vejaciones y agravios que todos habían sufrido en carne propia, el resentimiento y el odio contra los españoles, tanto tiempo contenidos, afloraron entre los indios.

-Pero por fin ese mundo se ha acabado, y los tiempos gloriosos han llegado para nosotros. Las profecías se han de cumplir, y hemos de resurgir en nuestra antigua libertad y recuperar nuestras tierras: no haremos más tequíos, ni pagaremos más tributos ni limosnas, y dejaremos de obedecer al rey de España. Elevaremos a su trono a nuestro propio rey, y sólo ante él nos hemos de postrar. Los tzotziles, los choles, los lacandones, los zoques y los chiapanecas, incluso los pichilingues, los ingleses y los moros, han de escuchar las palabras de la Virgen, y nos han de ayudar a acabar con los españoles y sus aliados los mestizos, los mulatos, los negros y los ladinos. Cuando los españoles quemaron la ermita de Santa Marta pensaron que la Virgen había muerto, pero la Virgen vino a este escarpado e inaccesible peñón a quedarse con nosotros. Hoy la hemos de coronar única reina de Los Zendales, Huitiupán, Coronas, Llanos y Lacandón, única reina de Chiapas, Tabasco, Nueva España, Soconusco y Guatemala.

El júbilo estalló en la plaza, y se propagó por todo Cancuc. De la iglesia salió una procesión llevando en andas una imagen de la Virgen del Rosario vestida con un huipil. A su paso, los indios se postraban rezando fervorosamente, mientras que los que seguían la procesión cantaban las letanías. Una vez colocada la imagen en el altar de la ermita, el pueblo y los forasteros entraron a venerarla. Todos la tocaban con sus rosarios y se santiguaban delante de ella.

Al finalizar la ceremonia, Nicolás Vázquez, con el rostro bañado en lágrimas, se abrió paso entre la multitud, y, habiendo llegado a su lado, le dijo con voz entrecortada:

-Nunca creí que habría de llegar el tiempo en que nos viésemos libres de los españoles.

Esa misma tarde Gerónimo Saraos libró despachos a los pueblos de la provincia instándolos a sumarse a la rebelión. De todas partes empezaron a llegar grupos de indios que, al son de trompetas, chirimías, tambores y flautas, traían las cruces mangas y los ornamentos de sus iglesias, junto con las varas de justicia y los libros parroquiales y de cofradías.

Después del rosario de la noche, los habitantes de El Palmar regresaban a la casa, y mientras María de la Candelaria y su cuñada echaban las tortillas, los hombres escrutaban el cielo,

comentaban los avances de la siembra, y acordaban los trabajos que llevarían a cabo al día siguiente.

Poco antes de la primera cosecha de elotes, María Hernández se percató de que estaba preñada. Este acontecimiento junto con el éxito de la siembra infundió alegría y esperanza a la vida diaria en El Palmar; pero al aproximarse el parto, la preocupación se apoderó de todos. Ninguno sabía muy bien qué debía hacerse. Era el primer embarazo de María Hernández, y María de la Candelaria tampoco había dado a luz, por lo cual ninguna de las dos mujeres tenía una experiencia que pudiese servirles de guía. Habían visto trabajar a comadronas, pero era poco lo que recordaban. En cuanto a los hombres, como esos menesteres no eran propios de su sexo, fuera de que el cordón umbilical debía enterrarse en medio de la casa, lo ignoraban casi todo.

No obstante, el parto se presentó sin demasiadas complicaciones, y María Hernández dio a luz a una niña. La madre pidió a María de la Candelaria que sin tardanza bautizara a su hija para que si por desgracia ésta llegaba a fallecer se salvase del Limbo y pudiese unirse a los ángeles del Cielo. Pero María de la Candelaria la tranquilizó, y la convenció de que no corría ninguna prisa hacerlo, asegurándole que la niña viviría largos años: La Virgen velaba por ella. Ya cuando se restableciese, podrían echar el agua a la recién nacida y festejarlo en una fiesta, para la cual prepararía algunos tamales.

A los tres días, sin embargo, la niña amaneció muerta en su cuna colgante hecha de palma trenzada. Ese mismo día fue enterrada junto a la ermita del Monte Calvario. Nadie se atrevió a hacer el menor reproche a María de la Candelaria.

La soledad empezó a pesar a los habitantes de El Palmar. El verse tan desprovistos de ropa y otras cosas necesarias los afligía. La idea de que nunca saldrían de ahí, de que no volverían a ver a sus familiares ni a ninguna otra persona les resultaba a veces insoportable.

-¿Qué hemos de hacer? -se lamentaban-. ¿No podremos nunca ir a donde no pasemos tantos trabajos, sin correr el riesgo de que nos cojan?

María de la Candelaria, que siempre se mantenía fuerte, procuraba alentarlos:

-No desfallezcan. Aunque la Virgen se quedó en Cancuc, ella no nos abandonará. Sé que algún día he de volver a verla, y nuestros trabajos y sufrimientos llegarán a su fin. Recen conmigo, y acuérdense que la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Salir ahora de aquí sería nuestra perdición.

Antes de iniciarse la segunda temporada de lluvias fueron descubiertos por casualidad por tres indios de Yajalón: Alonso García, Francisco Pérez y Diego Alvarez. La pequeña comunidad se sobresaltó, y el miedo, que se había adormecido en ellos, renació con acrecentada fuerza. Agustín López habló con los indios y les suplicó que no los denunciassen:

-Tengan buen corazón. No digan a nadie, ni de su pueblo ni de Cancuc, que nos han visto, porque si ustedes nos descubren, vendrán a cogernos. Nosotros seremos agradecidos, y les daremos maíz, chile y frijol cuando tengan necesidad, y si algún día Dios quiere que salgamos con vida de aquí, les pagaremos el favor.

No era necesario ofrecerles nada a cambio de su silencio. Los tres habían sido soldados de la Virgen, y a pesar de la represión y de los sermones de los frailes, sus corazones se mantenían fieles a la Virgen de Cancuc.

Los tres indios volvieron varias veces a El Palmar llevándoles jicaritas de sal y un poco de algodón. Solían llegar al atardecer, a tiempo para asistir al rosario. Pasaban la noche en la casa conversando con María de la Candelaria, y emprendían el regreso al día siguiente, después del rosario de la mañana. María de la Candelaria los agasajaba con posol, tortillas y frijoles, y, cuando la suerte en la caza había sido favorable, con algún conejo o armadillo en salsa de chile. Sin embargo, sus visitas tenían que estar suficientemente espaciadas para no despertar sospechas en Yajalón, por lo cual los fugitivos de Cancuc pasaban largo tiempo incomunicados.

Pocas veces María de la Candelaria y su padre se encontraban solos los dos. Una de esas raras veces fue una tarde calurosa en que los demás dormían la siesta. María de la Candelaria le llevó un poco de posol a la milpa en la que se había quedado trabajando. Se sentaron bajo un árbol frondoso para protegerse del sol y, al poco tiempo, la conversación recayó sobre las épocas

en que vivían apaciblemente en Cancuc. La hija, mirándolo con una muy triste seriedad, le dijo a su padre:

-Pues, tú y yo tenemos gran culpa de todo cuanto sucedió. De no ser por aquella vez que nos juntamos en mi casa, viviríamos aún en nuestro pueblo de Cancuc.

Nunca antes habían evocado aquella fatídica reunión, pero su recuerdo perseguía obsesivamente a María de la Candelaria de un tiempo atrás.

Llevaba menos de un año casada con Sebastián Sánchez, y ya la rutina de esposa -los días enteros pasados en el metate moliendo maíz, yendo al manantial por agua y al bosque por leña- la tenía hastiada. A pesar de su tierna edad -no cumplía aún los 13 años-, veía con envidia a las abuelas que eran prioras o mayordomas de las cofradías del pueblo, y soñaba con ocupar algún día sus cargos. Su única distracción eran las visitas de su padre y las de su vecino Gabriel Sánchez, que solía venir acompañado de su huésped, Gerónimo Saraos. La presencia en su casa de este venerable forastero, que gozaba de autoridad y prestigio en toda la provincia, la llenaba de orgullo, y aunque sus continuas preguntas sobre las cuestiones más diversas la cohibían un poco, se esmeraba siempre por mostrar en sus respuestas que ya no era una niña y que había aprendido muchas cosas de su padre y de su asidua asistencia a la iglesia.

Una noche en que su marido había ido a trabajar por una semana a las haciendas de los dominicos en Ocosingo, se reunieron en su casa su padre, Gabriel Sánchez, Gerónimo Saraos, Sebastián García y Miguel Gómez. Aunque Gabriel Sánchez le había avisado de la reunión, María no salía de su asombro: ¿Qué podrían venir a hacer todos aquellos hombres tan principales a su casa? En cuanto la conversación tomó un giro grave, buscó retirarse al fogón que estaba separado de la choza que hacía las veces de habitación y estancia; pero Gabriel Sánchez le hizo seña de que se quedara. Arrimó un pequeño banco a un rincón, y permaneció ahí, atenta y silenciosa. Gerónimo Saraos azuzaba a los demás:

-Díganme, Sebastián y Miguel, de qué les sirvió ser regidores mayores hace unos años. Los veo más pobres que cuando los conocí.

-Tuvimos que ayudar a los alcaldes a completar los faltantes del tributo. Los españoles llevan las cuentas como quieren, y cada vez hay que pagarles más, respondió Sebastián García.

-¿Y tú, Agustín, por qué después de 40 años de servir de sacristán apenas si tienes dinero para pagar una manta?

-No podía dedicar suficiente tiempo a mi milpa. El padre me tenía siempre ocupado.

-¿Y sigue igual de colérico? -inquirió Saraos, dirigiéndose a Sebastián García-. ¿Ha vuelto a azotar a tu hermano Juan?

Sebastián asintió.

-Todos los frailes son iguales -continuó-. El cura doctrinero de Bachajón hizo que los alcaldes me desterrasen del pueblo, dejándome sin casa y sin tierras, por haberme opuesto a sus abusos. Hasta ahora he podido vivir gracias a la ayuda de ustedes y la de otros fieles amigos de Cancuc; pero veo que en todas las casas escasea el maíz, y aún faltan cuatro largos meses para que se puedan cosechar los primeros jilotes.

-Eso, si el obispo nos deja alguno. Piensa hacer otra visita a los pueblos en agosto. No le bastó con arruinarnos en la anterior -dijo Sebastián, que acababa de saber la noticia por su hermano Juan.

-Y don Pedro de Zavaleta no debe tardar en pasar a cobrar las últimas mercaderías que nos repartió. No creo que haya nadie en el pueblo capaz de pagarle -intervino Gabriel Sánchez.

-Dios no quiera que sea yo uno de los que mande azotar. Le debo hace meses unos machetes -encadenó Miguel Gómez.

-Los españoles son como gavilanes que se llevan los pollos, no nos dejan nada. Nos beben la sangre con sus tributos y sus limosnas. Mientras ellos sigan en nuestras tierras no tendremos descanso, ni acabarán nuestro sufrimiento -concluyó Saraos.

Gabriel Sánchez reanudó la conversación, que parecía haber desembocado en un callejón sin salida:

-Mi mujer fue a Santa Marta a ver el milagro de la Virgen, poco antes de que el obispo hiciese quemar la ermita. Había indios de Las Coronas y Chinampas, de Los Llanos e incluso de Los Zoques, llevando medios reales, candelas y animales de corral como ofrendas. Agustín, si tu hija María fingiera un milagro como ése, manteniéndose fuerte y firme en decir que la Virgen se le aparece y le habla, sería fácil que los pueblos, estando tan revueltos como lo están ahora, se juntasen aquí. Con lo cual podríamos acabar con los españoles, elegir a nuestro modo un rey propio y tener nuevas leyes. Mi mujer podría acompañar todo el tiempo a tu hija y ayudarla.

El antiguo sacristán, algo sorprendido por la propuesta, pero inflamado en su odio contra los españoles, respondió afirmativamente con un movimiento de la cabeza.

Todas las miradas se dirigieron entonces hacia ella. Se levantó de su banco, y, conteniendo el temblor y la emoción, dijo:

-Es cosa buena librarnos de los españoles y descansar de nuestros trabajos y aflicciones. Haré como ustedes dicen. No faltaré a ello. Estaré siempre firme en decir que la Virgen se me aparece y me habla, y diré y obraré lo que ustedes me digan y me aconsejen.

El asunto no volvió a tratarse. Pasados dos meses, empezó a difundir la noticia en el pueblo de que había visto en el bosque a la Virgen.

-Sí, respondió su padre, somos el origen y la causa de muchos delitos, muertes y pecados contra la ley de Dios. Pidamos perdón y misericordia a Jesucristo, Nuestro Señor, por aquel pecado tan enorme que cometimos.

Dicho esto se levantó y volvió a su trabajo en la milpa. María de la Candelaria permaneció un rato más bajo el árbol, con la mirada perdida en el vacío.

La segunda cosecha había sido menos abundante que la primera por lo cual, llegadas las lluvias, los habitantes de El Palmar tuvieron que racionar el maíz para que alcanzara hasta la cosecha siguiente. Además, con las aguas, los tres indios de Yajalón dejaron de ir a visitarlos.

Durante los trabajos del deshierbe, María de la Candelaria sufrió un desvanecimiento. Este no se debía ni al hambre ni al agotamiento: María de la Candelaria estaba ahora a su vez preñada. La malograda experiencia de María Hernández no permitía augurar un feliz desenlace de su embarazo, por lo cual, más que un motivo de regocijo se volvió para todos una causa de honda preocupación. Esta situación decidió a Agustín López a ir a robar jilotes a una milpa solitaria que había divisado a unas pocas horas de El Palmar en sus correrías de caza, y que le parecía estar más madura que la de ellos.

Llegó sigilosamente por la madrugada y revisó algunas plantas, pero los jilotes estaban aún demasiado pequeños y verdes. Al final del campo, se levantaba una pequeña choza y un granero. Todo estaba en silencio, y no salía humo de la casa. Agustín López se encaminó hacia el granero con la idea de registrarlo; pero, antes de llegar a éste, una voz lo increpó en una lengua que no comprendió. Su primer pensamiento fue huir, pero se retuvo reflexionando que si los que le habían visto se daban a buscarlo acabarían descubriendo el refugio de su familia. Se dio la vuelta hacia donde provenían los gritos, y vio acercarse, agitando un palo en la mano, a un anciano zoque. Pero éste, al llegar a unos pocos metros de él, cambió por completo su actitud. Tiró el palo, y se postró a sus pies, pidiéndole perdón por no haberlo reconocido antes. Agustín López lo hizo levantar.

El anciano, a pesar de que había residido varios años en Yajalón, casi no hablaba tzeltal. Dominaba bien el náhuatl, pero Agustín López ignoraba esa lengua casi totalmente. No eran necesarias, empero, muchas palabras para que el anciano entendiera la situación de los fugitivos. Condujo al antiguo mayordomo de la Virgen a su granero, y le ofreció todo el maíz que quisiese, dándole a entender que podía volver por más cuando quisiera sin preocuparse porque alguien lo viese: El vivía, desde hacía ya varios años, solo en su milpa. Antes de despedirse, el anciano le dio a Agustín López su rosario pidiéndole que María de la Candelaria se lo bendijese.

Agustín López no tardó muchos días en volver, acompañado por sus hijos, llevando de vuelta el rosario que el zoque recibió emocionado. Gracias a esta providencial ayuda llegaron sin pasar demasiada hambre hasta el tiempo de los elotes.

A pesar del éxito de la tercera siembra, María de la Candelaria -como sucede a veces con las mujeres que van a dar a luz- estaba triste. Su alma estaba turbada, y comenzó a sentir pavor y angustia. El secreto, que había llevado con fuerza y firmeza durante más de tres años, le pesaba ahora demasiado, y necesitaba desahogarse compartiéndolo con alguien además de su padre. No podía hacerlo con su marido: Era tan débil. No resistiría saber la verdad. Cuando fray Simón de Lara la había mandado llamar junto con su padre para azotarlos por decir en el pueblo que la Virgen se le aparecía, Sebastián había corrido a esconderse en la milpa, y no había vuelto sino hasta el otro día, lloroso y avergonzado. Siempre que los indios habían ido al combate, conociendo el poco valor de su marido, se había valido de cualquier pretexto para hacer que se quedara en Cancuc junto a ella.

Ya avanzado su embarazo, María de la Candelaria soltó de improviso a su cuñada la verdad sobre el milagro de la Virgen, estando las dos solas en el ojo de agua:

-La Virgen nunca se me apareció, ni me habló. Lo hice todo insistida y aconsejada por varios principales.

María Hernández no salía de su estupor.

-Pero ... Todos te creímos. Tus palabras provocaron muerte y desolación en todos los pueblos. Por culpa de ellas estamos aquí solos en el monte viviendo como animales. Tu alma lo ha de pagar en el Infierno.

Este último reproche era más de lo que podía resistir el maltrecho corazón de María de la Candelaria. Sus rencores se desbordaron:

-María, hermana mía, escúchame, no me condenes con tanta dureza, bien sabes que otros tuvieron más culpa que yo. Fueron otros los que lo echaron todo a perder. Los capitanes, con su ambición y su codicia desmesuradas, sembraron la discordia entre los nuestros. No pensaban más que en ser los principales y en llevarse la mayor parte del botín. Ni siquiera después de que mandé ahorcar a Juan López cuando perdió la batalla en Huixtán y que se supo que siempre cogía más plata y más trastes de los que le tocaban, dejaron de pelearse por los despojos como aves de rapiña. Y sus soldados no valían más que ellos: Eran todos unos cobardes. Las mujeres

hubiésemos mostrado más valor en las batallas. Al primer disparo de mortero, huían tirando al suelo sus lanzas, sus flechas y sus hondas. Luego tenían el descaro de traerme los cadáveres a la ermita para mostrarme que sí habían combatido y para que yo los resucitase, pobres ingenuos. Además, nunca obedecían mis órdenes. Cuando los mandé atacar Ocosingo, les dije que acabaran con los españoles, con los mestizos, con los mulatos y con los negros. Pero cuando llegaron y vieron que todos los hombres habían huido dejando a sus mujeres y niños, mataron cruelmente a las criaturas, degollándolas frente a sus madres. No les faltó entonces valor para cometer aquel crimen atroz. ¿Qué culpa, dime, qué culpa tenían aquellas pobres niñas? Ellas no eran nuestras enemigas. Cuando trajeron a Cancuc a sus madres, llorando y lamentándose sin que nada pudiese consolarlas, se me rompió el corazón y supe que Dios, Nuestro Señor, habría de castigarnos por este pecado. Pero nada de esto lo ordené yo. Tú bien lo sabes, hermana mía. Tú viste cómo, cuando volvieron los soldados, los reñí y los castigué. Los otros que fueron una verdadera plaga fueron los mestizos. Siempre estaban intrigando y azuzando a unos contra otros. Son todos ellos unos hipócritas desvergonzados. De seguro que después de nuestra derrota han de haber dicho a los españoles que nosotros los obligamos con amenazas a combatir de nuestro lado. No sé cómo fui tan ciega para dejarme convencer de nombrar a algunos como capitanes. No debimos haberles perdonado la vida a ninguno de ellos. Y los vicarios, los vicarios, acuérdate de ellos, resultaron más soberbios que los mismos frailes. Ya sabía yo que había que guardarse de los letrados: quieren siempre vestir trajes de españoles, ser reverenciados en las plazas y ocupar los primeros lugares en las fiestas. Se hacían llevar cargados en sillas a todas partes, exigían limosnas y raciones de pescado, y cobraban crecidos derechos por bautizar, casar y rezar a los muertos. Incluso Gerónimo Saraos, que tanto me había ayudado al principio, resultó ser de la misma madera que los demás. No sé, hermana, si te enteraste de ello, pero cuando hizo su visita por los pueblos, se comportó despóticamente en ellos, y los dejó exhaustos. En Bachajón, por una nimiedad, hizo castigar al hermano de don Nicolás Vázquez. Don Nicolás se puso furioso, y amenazó con lanzar sus soldados contra él. Sólo yo pude apaciguarlo. Por eso cuando volvió de su visita no tuve más remedio que hacerlo azotar. Casi lo matan los verdugos a fuerza de tanto

bastonazo que le dieron, pero había merecido sobradamente su castigo. Pero los peores, sí, los peores, los que echaron por tierra todos nuestros planes fueron Magdalena Díaz y el imbécil de Gabriel Sánchez, que no supo ponerla en su lugar. Esta vieja asquerosa, sólo porque había ido a Santa Marta a ver el milagro, se creyó con derecho a mandarme, a mí, a la mayordoma de la Virgen. Cuando los indios de todas partes llegaron a reverenciarme, de envidia perdió la cabeza y se fue a Yajalón diciendo que la Virgen de Cancuc era falsa, que la verdadera Virgen de Santa Marta se le aparecía y estaba siempre con ella. Y no se le ocurrió hacer esto, sino justo cuando estábamos preparando el ataque contra Ciudad Real. Los días que perdimos mandando tropas a Yajalón, para poner fin a su cisma y apresarla, resultaron fatales. Los españoles tuvieron tiempo para armarse y para salir a Huixtán y atrincherarse ahí, y sobre todo tuvieron tiempo para traer a los indios chiapanecas, a esos traidores que han abjurado de nuestra sangre y que no sueñan sino en ser como los españoles. Sin ellos, los españoles jamás habrían podido derrotarnos en Huixtán. Cuando ahorcaron a Magdalena Díaz en la plaza de Cancuc no sentí la menor lástima por ella. Por su culpa, Ciudad Real no fue nuestra. Gabriel Sánchez desapareció. Tal vez lo mataron a escondidas en el bosque, tal vez huyó. Da igual. Se creía muy listo, pero no fue capaz de hacerse obedecer de su mujer. En verdad te digo, hermana, si los capitanes, los vicarios y los mayordomos de la ermita no hubiesen cometido tantos pecados, si hubiesen estado en la gracia de Dios, Nuestro Señor, como yo lo estaba, hubiésemos vencido a los españoles.

María Hernández pensó que su cuñada había enloquecido, cogió el cántaro y corrió a refugiarse a la casa.

Una vez levantada la tercera cosecha de maíz y almacenadas las mazorcas en el granero, los hombres decidieron bajar a la milpa del viejo zoque para pedirle un poco de sal. El anciano los recibió con las acostumbradas muestras de respeto y los invitó a su casa para compartir la modesta comida que había preparado para él: una sopa de chipilín con bolitas de nixtamal. Agustín López, sabiendo que su anfitrión iba de vez en vez a Yajalón y a Huitiupán, le preguntó qué pasaba y se decía en los pueblos, y si se les seguía buscando. El anciano, combinando el zoque

y el náhuatl, y recurriendo a las pocas palabras que conocía del tzeltal, se esforzó por hacerles una relación completa de cuanto había sucedido de importante desde su huida de Cancuc:

La rebelión había despertado muchos conflictos en los pueblos. Los indios de Simojovel no perdonaban a sus vecinos de Huitiupán los feroces ataques de que habían sido víctimas. Las dos parcialidades de Chilón se habían enfrentado a la hora de aceptar la paz del presidente de Guatemala: San Juan había sido partidaria de rendirse, Santo Domingo había querido seguir la lucha hasta el final, y la sangre había corrido entre ellas. En todas partes los viejos rencores habían dado lugar a acusaciones y a denuncias con los judíos, y los odios se habían exacerbado. Ni siquiera las familias se habían librado de estas guerras fratricidas. Nicolás de Villafranca, el gobernador de Yajalón, había llevado preso a su yerno Tonicapa, capitán de los rebeldes, ante los judíos, quienes lo habían ahorcado.

El hambre y las epidemias habían assolado la provincia. En Los Llanos, un temblor había destruido las iglesias de Amatenango, Socoltenango e Ixtapa.

Don Juan García, don Nicolás Vázquez y don Lázaro Jiménez -los tres valerosos capitanes generales- habían sido entregados y condenados a muerte. El mismo fin habían tenido dos de los mayordomos de la ermita: Gerónimo Saraos y Sebastián García. Miguel Gómez, en cambio, había sido condenado tan sólo a 200 azotes y destierro perpetuo en Jiquipilas. Sólo Sebastián Gómez de la Gloria había logrado escapar: Se había esfumado sin dejar rastro alguno.

Los brujos habían salido de sus escondrijos. Ya en Cancuc habían hecho una primera y discreta aparición asegurando a los indios que cuando llegaran los judíos acabarían con ellos, provocando furiosas tempestades. Luego, en Sibacá y en Tenejapa, habían surgido unas indias que habían usurpado el nombre de María de la Candelaria y que se habían hecho adorar. A tres leguas de Ocosingo, en el bosque, se había llegado incluso a dar culto a un tigrillo, vestido con un algodón profusamente bordado. Muchos indios, incluso de los elegidos para cargos durante la sublevación, habían creído en esos embustes.

Al multiplicarse los falsos milagros, la fe de la mayoría se había enfriado. El, sin embargo, no se había dejado engañar, y se había mantenido siempre fiel a la Virgen de Cancuc.

Agustín López, su hijo y su yerno sólo comprendieron algunas frases de todo lo que les contó el viejo zoque, pero en el camino de regreso fueron conversando animadamente entre ellos: si estaban sucediendo tantas cosas en la provincia, de seguro ya nadie se acordaba de ellos.

Al llegar a El Palmar, María Hernández vino corriendo a su encuentro: los dolores del alumbramiento habían comenzado. Cuando entraron a la casa, María de la Candelaria estaba recostada en la cama de varas sufriendo las primeras contracciones. Su cuñada se ocupó de todos los preparativos y mandó a los hombres por agua y leña. Pero las horas fueron transcurriendo sin que el niño naciera. Todos pasaron la noche en vela, sumidos en la angustia. Al amanecer tuvieron que rendirse ante la evidencia de que la criatura se había atravesado y no podía ser expulsada. Impotentes, vieron cómo la parturienta, debatiéndose en medio de atroces sufrimientos, se debilitaba inexorablemente a medida que la Luna iba desapareciendo. Al tercer día, María de la Candelaria, exhausta, se dirigió a los suyos para decirles que se moría, que ya el mundo se acababa para ella, y los encomendó a Jesucristo, Nuestro Señor, y a su Madre Santísima. En un último esfuerzo, cogió el rosario que Agustín López llevaba al cuello y lo besó fervorosamente. Juntó las manos y, levantando los ojos al cielo, exclamó:

-Señor, Señor, perdona mis culpas y ayúdame en esta hora.

Y dicho esto, expiró.

Su cuerpo fue velado cuatro horas. Al atardecer, los hombres abrieron una sepultura junto a la ermita del Monte Calvario. María de la Candelaria fue conducida a su última morada vestida de sus únicas ropas: unas naguas y un huipil usados. Agustín López le puso un rosario en las manos. Entre todos depositaron el cuerpo y lo cubrieron de tierra. Sobre la tumba, María Hernández clavó una improvisada cruz de madera. El sol se había puesto para dar paso a la última noche de Luna nueva del invierno. Los ruidos del bosque se fueron apagando, uno tras otro, hasta que el cielo se cubrió de estrellas.

VI

En los días que siguieron al entierro de María de la Candelaria junto a la ermita del Monte Calvario, el desasosiego cundió entre sus familiares. Temían que el Demonio se ensañase ahora con ellos y aumentase a su manera las etapas de su ya de por sí largo vía crucis. No les faltaba razón. No había aún transcurrido media luna cuando un indio de Yajalón, Tomás Gómez, dio con su refugio.

Tomás Gómez había salido el día anterior de su pueblo junto con otros dos compañeros para buscar colmenas en Chihuisbalam. Hizo con ellos la primera jornada, pero luego, dado que habían recolectado muy poca cera y miel, se separaron para cubrir un territorio más extenso. Tomás Gómez tomó el rumbo de El Palmar. Al llegar a un pequeño claro en el bosque vio unas milpas que por estar en un sitio tan apartado le intrigaron. Recorrió entonces las veredas cercanas hasta dar con las tres chozas. Desde el principio supuso que se encontraba sobre la pista de María de la Candelaria. Sabía, al igual que todos los indios de la provincia, que por su captura se ofrecía una recompensa elevada. En ese momento salía del granero Agustín López, al que reconoció inmediatamente por haberlo visto muchas veces en la ermita de Cancuc, con lo que confirmó sus sospechas. Intentó esconderse detrás de un árbol, pero el antiguo mayordomo de la Virgen ya lo había visto, y le hacía señas de que se acercara. Avanzó lentamente, fingiendo un mayor cansancio del que realmente sentía. Agustín López lo recibió con grandes muestras de

respeto, y sin tardar llamó a su nuera para pedirle que preparara posol para el visitante. Entabló conversación con él, y le rogó que, por amor de Dios, dado que eran compañeros y hermanos, no los denunciase. Tomás Gómez le juró que no lo haría, y para tranquilizarlo le dijo que ya nadie los buscaba. Luego le preguntó por el paradero de su hija:

-Murió valientemente hace 13 días -respondió Agustín López.

Y lo invitó a recogerse unos minutos en la tumba de María de la Candelaria.

De regreso de la ermita, Sebastián López y Sebastián Sánchez, que volvían del campo, se les unieron. María Hernández trajo una jícara con posol y se la tendió al inesperado visitante. Todos procuraban halagarlo y ganarse su simpatía. Tomás Gómez escuchaba distraídamente los relatos de los fugitivos. Tomó un sorbo de posol de la jícara, y al limpiarse la boca con el dorso de la mano, nació en él, con irresistible fuerza, la idea de denunciarlos a los españoles. Se despidió rápidamente de los habitantes de El Palmar alegando que tenía que seguir buscando colmenas, y sin detenerse en el camino a esperar a sus compañeros, como había convenido, corrió hasta Yajalón.

Llegó a la hora de las oraciones a la casa del gobernador, don Nicolás de Villafranca, y aún jadeando le informó de la muerte de María de la Candelaria y del paradero de sus familiares. Dada la importancia y lo delicado del asunto, el gobernador convocó inmediatamente a consejo. Reunidos en las casas reales, las justicias y los principales, junto con fray Antonio Corro, el cura doctrinero del pueblo, acordaron mandar cuanto antes a un grupo de indios armados de lanzas y machetes para que sigilosamente fuesen a aprehender a los fugitivos y los trajesen amarrados y con grillos en los pies. Don Nicolás de Villafranca se excusó de dirigir la expedición por hallarse viejo y enfermo. La responsabilidad recayó, entonces, en Sebastián Pérez, alcalde de primer voto. Fray Antonio Corro insistió machaconamente en que era necesario traer un testimonio contundente de la muerte de María de la Candelaria para poner fin a las leyendas que sobre su destino se habían forjado. Tomás Gómez exigió que se le recompensase de algún modo para servir de guía hasta el escondite de los fugitivos. El fraile dominico le aseguró que los 50 pesos de plata que se ofrecían por la captura de la indiezuela serían todos para él.

Al amanecer, 20 indios principales partieron de Yajalón. Después de 12 horas de marcha llegaron a El Palmar. Ahí, Tomás Gómez se adelantó un poco para llevarlos hasta el claro del bosque donde se hallaban las tres chozas.

En cuanto los familiares de María de la Candelaria vieron aparecer detrás de la milpa la figura de Tomás Gómez supieron que los había traicionado. No pretendieron huir ni ofrecieron resistencia alguna a los indios que lo acompañaban. Se dejaron amarrar y sufrieron con paciencia sus burlas e insultos. Los indios de Yajalón registraron y saquearon la casa y el granero.

El alcalde, después de interrogarlos, soltó a Sebastián Sánchez para que los condujese a la tumba de su mujer. El preso, escoltado por 10 principales, caminó a la luz de la Luna llena hasta la ermita del Monte Calvario. Era el principio del fin.

Llegados junto a la sepultura, el alcalde le arrojó uno de los azadones que habían encontrado en la casa y le ordenó que desenterrase el cuerpo de María de la Candelaria para llevarlo a Yajalón. Sebastián Sánchez les rogó a todos que respetasen el descanso de la muerta. Los indios, encolerizados, le respondieron que él y su mujer eran los culpables de todas las desgracias que habían sucedido en la provincia y que si no hacía lo que le decían lo matarían ahí mismo. Sebastián Sánchez desenterró entonces el cadáver, que se hallaba apenas a media vara de profundidad.

Lo sacó del sepulcro y lo depositó a la puerta de la ermita. El cuerpo de María de la Candelaria se encontraba en avanzado estado de corrupción y despedía un hedor insoportable.

El alcalde le dijo que cargara el cadáver sobre sus espaldas. Sebastián Sánchez intentó levantarlo, pero la repugnancia y el horror fueron más fuertes que su miedo. Se dejó caer al suelo unos metros más adelante. Agobiado por el dolor, gritó a sus captores que prefería morir y les suplicó que acabasen de una vez por todas con sus sufrimientos.

Los principales se convencieron, entonces, de que era imposible transportar el cadáver y aguantar su pestilencia durante 14 leguas. El alcalde volvió a tender el azadón a Sebastián Sánchez: si no podía cargar todo el cuerpo, llevaría por lo menos la cabeza. El azadón estaba viejo y había perdido el filo, por lo cual Sebastián Sánchez, totalmente enajenado, tuvo que golpear

varias veces con furia el cadáver, colocado sobre unos tablones, hasta decapitarlo. Uno de los principales le dio un trozo de petate para que envolviese la cabeza con él y pudiese así cargarla al día siguiente.

En Yajalón todo el pueblo se congregó en la plaza para ver llegar a los familiares de María de la Candelaria. Muchos indios los recibieron con gritos de odio. Otros sólo los miraban en silencio. Fray Antonio Corro, al ver que llevaban rosarios de frutillas, se los arrancó con violencia, y mostrándolos a la muchedumbre, gritó:

-No os dejéis engañar. Llevan rosarios al cuello, pero tienen el Diablo en el cuerpo.

La cabeza de María de la Candelaria fue clavada en la picota. El gobernador arengó a la gente diciéndole que mirase bien en qué había acabado la mayordoma de la Virgen de Cancuc y que no volviera a dejarse engañar con falsos milagros e irrealizables promesas de libertad. El alguacil mayor, compadeciéndose de los presos, les llevó un poco de chicha que aceptaron gustosos.

Al tercer día de estar en la cárcel de Yajalón, los despertaron antes del amanecer y a puntapiés los hicieron levantarse para que prosiguiesen su camino. Sebastián Sánchez recibió de nuevo su carga envuelta en el petate. Habría de llevarla hasta Ciudad Real.

En Chilón, una gran multitud los siguió por las calles del pueblo. Las mujeres se regocijaban de verlos presos y exclamaban:

-Por fin apareció la condenada causa de nuestros trabajos y pesares. ¡Qué alegría ver la cabeza de la falsa Virgen que con sus embustes y porquerías sembró la muerte por toda la provincia!

María Hernández no soportó más sus insultos, y volviéndose hacia ellas las maldijo, deseándoles que no tuviesen hijos.

En Guaquitepec, en cambio, las justicias salieron a las puertas del pueblo, reprendieron a los guardianes por haber apresado a los familiares de María de la Candelaria, y les negaron avío y posada diciéndoles que no querían judas en su pueblo, que pasasen de largo sin detenerse en él.

A pesar del cansancio, los presos se levantaron, y, un poco consolados por estas muestras de lealtad y simpatía hacia ellos, emprendieron de nuevo la marcha.

Pasando Tenango, en una cuesta, Sebastián Sánchez se percató de que con el calor la descomposición de la cabeza de María de la Candelaria había alcanzado tal extremo que las estrías del petate se habían marcado sobre su rostro, desfigurándolo atrozmente. Desvió la mirada, y se sintió desfallecer; pero uno de los guardias, de un empujón, lo sacó de su turbación.

Al entrar al pueblo de Nuestra Señora de la Presentación y Santo Toribio, que era el nuevo asentamiento de los indios de Cancuc, sus habitantes los recibieron apesadumbrados. Algunos se dolían de los trabajos que habían padecido viviendo tanto tiempo solos en el monte. Otros decían que para María de la Candelaria había sido mejor morir que ser capturada en vida por los españoles, y pedían a Dios que la perdonase; pero un anciano que se dirigía al campo, los riñó a todos:

-Den gracias a Dios de que el Diablo la haya hecho aparecer.

Y después los conjuró a no llorar la suerte de sus familiares y a no ayudarles a llevar su maldita carga.

En la plaza del pueblo los presos esperaban encontrar a sus parientes y amigos, pero ninguno de ellos se atrevió a salir de su casa a verlos: nadie fue a visitarlos en la cárcel. Agustín López no pudo saber qué suerte había corrido su hija Antonia que su difunta esposa llevaba en brazos cuando habían huido de Cancuc.

Pasaron la noche en una estrecha celda, como pájaros en un cepo. En las chozas cercanas sus habitantes se aprestaban a comer y beber. El ajeteo de los niños cedía, y las voces de los hombres se mezclaban con los susurros de las mujeres después de las fatigas del día. El olor a leña verde, a tortillas y chiles asándose en el comal se esparcía por todo el pueblo. Unas horas después, sólo se escuchaba el viento indómito que huía entre los árboles. Los reos, hambrientos y agotados, contemplaban por las diminutas ventanas los paisajes que tanto habían añorado viviendo en El Palmar y que ahora el destino les devolvía por unas fugaces horas. Los recuerdos -tanto los de su callada existencia antes de la rebelión como los de sus momentos de gloria en que todos los

respetaban y temían- brotaban, unos tras otros, al contacto de su tierra natal, y les infundían una honda y tranquilizadora resignación. Se habían mezclado en la conspiración con el fin de consolar el llanto de los oprimidos y vengar la violencia de sus verdugos. Ellos, que habían vivido siempre temerosos de Dios, no habían pretendido más que arrojar de su sitial a los pecadores y recuperar el lugar que les correspondía en esta tierra. Pero, ¿no había sido loca soberbia y vanidad, el querer enderezar lo que Dios había torcido? Más aún, toda aquella violencia desatada, ¿no habría sido enviada por El para probarlos? Pero, ciegos instrumentos de un destino que creyeron dominar, habían sido arrastrados por la rueda que nunca se detiene, alternando en ciclos cortos siembra y cosecha, y en otros más largos paz y guerra. Sin duda alguna, sus vidas, al igual que la de María de la Candelaria, no habían sido sino el cumplimiento de algunas profecías olvidadas tras la destrucción de sus libros sagrados por el obispo Núñez de la Vega. Cuando los guardias llegaron al día siguiente los encontraron levantados y listos para recorrer la última etapa hasta el valle de Jovel. Sebastián Sánchez volvió a encontrar su carga, tan ardua de llevar como siempre.

En Ciudad Real, el alcalde mayor, don Pedro Gutiérrez, los esperaba a la entrada de las casas del cabildo. En cuanto llegaron, hizo que descargaran a Sebastián Sánchez de la cabeza de María de la Candelaria, y mandó que la clavasen en un palo para exhibirla en la plaza pública.

Luego, hizo pasar a los reos al cabildo para dar inicio a su juicio, poniendo así punto final a aquella diabólica parodia.

Epílogo

El juicio duró cinco meses. En sus declaraciones, los familiares de María de la Candelaria no cuidaron de sus palabras: dijeron, lisa y llanamente, la verdad. Agustín López confesó que el milagro de la Virgen había sido una mentira urdida por él y por Gerónimo Saraos, Gabriel Sánchez, Sebastián García y Miguel Gómez para acabar con los españoles. Don Toribio de Cosío, Marqués de Torre Campo, lo sentenció a ser pasado por las armas a usanza de guerra en el nuevo pueblo de Nuestra Señora de la Presentación y Santo Toribio. La ejecución se llevó a cabo en el mes de septiembre. Su cabeza fue expuesta durante tres días y medio en la plaza de Cancuc -al igual que la de su hija lo había sido en la de Ciudad Real-. Su cuerpo no recibió sepultura alguna: fue hecho cuartos y desparramado por los caminos.

Sebastián Sánchez, Sebastián López y María Hernández corrieron con mejor suerte. Don Pedro Gutiérrez intervino en su favor ante el presidente de Guatemala, diciendo que no habían tenido una participación destacada en la rebelión y que no hallaba en ellos ni arte de malicia ni aliento de espíritu. Lo mucho que habían padecido en los montes los hacía merecedores a una mayor piedad. María Hernández, además, estaba de nuevo embarazada.

En atención a todo esto, fueron condenados tan sólo a destierro perpetuo al pueblo de Cintalapa, en el Valle de Jiquipilas. Antes de partir a su nueva morada, los hombres recibieron 200 azotes. En su destierro fueron acompañados por dos de los tres indios de Yajalón que les

llevaban sal y algodón a El Palmar: Alonso García y Francisco Pérez. El tercero, Diego Alvarez, falleció antes de ser capturado. Como era costumbre, sus familias venían con ellos.

En Cintalapa llevaron todos una vida ejemplar. Aprendieron en muy poco tiempo las lenguas del lugar. Acudían todos los días a la iglesia para alabar a Jesucristo, Nuestro Señor, y a su Madre Santísima. Sus casas estaban siempre abiertas a los necesitados con quienes compartían sus pocas tortillas. Participaban con entusiasmo en la preparación de las fiestas. Su devoción, sencillez y generosidad les granjearon las simpatías de todo el pueblo. Aunque los habitantes del lugar no habían creído en la Virgen de Cancuc y se habían mantenido al margen de la rebelión -por eso los habían desterrado ahí-, Sebastián Sánchez, Sebastián López, Alonso García y Francisco Pérez difundieron entre ellos las enseñanzas de María de la Candelaria.

Por alguna razón que no alcanzamos a penetrar, a diferencia de lo que sucedió con los tres indios de Yajalón, don Pedro Gutiérrez no dio órdenes de apresar al anciano zoque, quien continuó viviendo solo en su milpa, exiliado de los pueblos. Para aquel entonces debían de ser pocos los indios que, como él, se mantenían fieles y constantes a la Virgen de Cancuc.

Al enterarse de su aparición, había acudido a Cancuc. En la ermita, había visto, pasmado, a los mayordomos y principales sentados frente a María de la Candelaria tocando flautas, guitarras y chirimías, sahumándola con copal y entonando cánticos en su honor. Una multitud de indios, venidos de todos los pueblos de la provincia, la aclamaban afuera en la plaza. Aquella escena había sido para él una verdadera revelación.

Decidió entonces permanecer en el pueblo, y asistió a la ceremonia en la que María de la Candelaria proclamó la palabra de la Virgen y la coronó reina de Los Zendales. Luego, vinieron la guerra contra los judíos, el hambre, la peste, las ejecuciones de los fieles y el terremoto de Los Llanos.

Había sobrevivido a todo ello para alcanzar a saber que Satanás había hostilizado a María de la Candelaria en el momento del parto y que después de su muerte tan cristiana se había ensañado contra sus familiares sin lograr que renegasen de ella. Los judíos habían restaurado su

dominio y su poder sobre los indios, y tenían ahora un nuevo obispo, don Jacinto de Olivera y Pardo.

Cualquier otro hubiera desesperado, pero él, día tras día, noche tras noche, escrutaba el Sol, la Luna y las estrellas en busca de señales. Con aquella paciencia del campesino acostumbrado a contener su hambre mientras maduran lentamente sus siembras, aguardaba la caída de Jerusalén y la venida del nuevo reino.

Dedicatoria

Esta narración está dedicada a aquellos indios de Cancuc que, cuando con mi madre y mi mujer entré a la iglesia de su pueblo a ver el lienzo de La Presentación de la Virgen en el Templo que las autoridades españolas les dieron para que no olvidasen su derrota en 1712, vinieron detrás de nosotros creyendo que era yo un sacerdote que iba a officiar misa y no un simple curioso interesado en las cosas del pasado. Mucho me temo, sin embargo, que este tardío sermón, para colmo escrito en "castilla", no repare la desilusión que sufrieron al percatarse de su error.

El trabajo de investigación sobre los expedientes de la sublevación de 32 pueblos de los partidos de Los Zendales, Coronas y Chinampas, y Guardianía de Huitiupán en el Archivo General de Indias en Sevilla, España, y la redacción de este relato contaron con el apoyo de una beca para estudios doctorales, otorgada al autor por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Semana Santa de 1989, Barrio de Santa Cruz, Sevilla.

Agosto de 1989, San Fiz de Vixoy, Galicia.